HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL

MUERTE EN "EL EDEN"

MEXICO, D. F.

1951

Para Enrique
con el cordial
afecto de
Jacob

DR. ENRIQUE DE MARCHENA DUJARRIC

BNPHU

MUERTE EN "EL EDEN"

9160 - 20

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO, R. D.

BNPPU
PD-RV
R0861.44
I37m
e.2

17 JUL. 1973

Derechos reservados conforme a la ley.

Impreso en los talleres de la Editorial Stylo, Durango 290. México, D. F.

BN
861.42
J37mu
c.2

PREAMBULO

En donde el autor hace muchas afirmaciones que a lo mejor no vienen a cuento y por ello se excusa. Lo tranquiliza pensar que en alguna parte tenía que hacerlas.

De la tímida hoja de parra
hasta el traje con que el hombre se eleva
al lugar en que apagan los astros su luz,
y están fríos los rayos del sol,
no ha buscado una ruta que lleve
a distingos mejores y nobles;
su camino parece que acaba
en los termes seguros y ciegos,
en ciudades subterráneas y oscuras,
respirando un aire traído de lejos,
gobernado por la voz
sin matiz
del capataz.

De la tímida hoja de parra
a los gases que impulsan motores rugientes
ha perdido mil veces la senda.

Obsequio Dr. Enrique De Mandoza Dujarric 17-7-1973

Reg. No. 003458

Reg. No. ~~000228~~

Ser hombre, y envidiar al termes misterioso y taciturno,
ser hombre, y ansiar el vuelo limpio de la abeja
y el andar apresurado de la hormiga,
porque acaban en organización y en la nada de la muerte,
porque son y no son otros,
porque son y son iguales entre sí como los infinitos granos de
[arena de una playa.

2

¿Qué estrella encaminará mis pasos hacia Egipto
si lo que tengo encima no es cielo abierto
sino metálico duro casco azul?
¿Qué brújula me dirá en dónde se alzan los claveles
y tras qué viento he de ir para encontrar las flores que crecen
[entre el hielo,
si debo ir de nuevo a Egipto huyendo de los que matan a los
[niños y a los dioses acabados de nacer?

3

Dios no ha nacido
pero ya le anuncian, sin trompetas
ni pesebre,
los profetas, los poetas y este árbol que veo morir y que pide
ruiseñores, mariposas y oración.

4

Cada dos mil años,
cuando se apaga un volcán y los cometas se encienden,

cambia el hombre de religión,
pero antes de tirar los dioses caducados
se burla de ellos y les embadurna el rostro
y los ultraja porque novedad no basta.
Con sus manos que no tiemblan mata las deidades antiguas
y se nutre del horror de los que todavía los aman y los temen,
y no han tenido tiempo para acomodarse al nuevo altar.

5

Cuando ha terminado al nuevo dios,
borracho con su obra y su destino,
le mira con los ojos que se ve al recién nacido,
le toma por los pies y golpea a la muchedumbre
y en nombre de la flamante deidad
mata e insulta.

El hombre guarda su pan del otro hombre,
y su mujer y su vino y el pedazo de tierra que heredó de sus
[abuelos,
pero impone su dios.
Le llama razón, y golpea a los que no han pensado nunca;
le llama derecho, y mata a los justos que no inclinan la ca-
[beza;
le designa economía, y a todos quita algo.

6

Si se quiere conocer al hombre, y medirle,
si se desea distinguir al hombre del árbol y la bestia,

de la piedra fría y del azufre caliente,
pedidle que os muestre a su dios,
que es su mejor obra,
la meta de sus pasos por el mundo,
y sabréis qué es, lo que no ha sido, lo que será por siempre.

7

Dulces voces acordadas
y rabiosos estandartes amarillos;
banderas de paz blancas y frías,
soberbios pendones bermellón y plata,
y detrás del humo y en la pompa de seda y reverencias,
el tembloroso sacerdote que levanta
la copa de oro y del vino sangriento los rubíes,
el león rugiendo desde el Libro,
el águila volando desde el Evangelio,
el toro hundido en sangres que florecieron lirios
y el cordero de paz que se llenó de espadas.

8

Quiero los morados y púrpuras solemnes
y las doradas cruces altas
y los ángeles que juntan, con las manos anidadas, oraciones.

9

Dejadme los intermediarios galonados fastuosos,
permitidles un idioma que no entiendo,
no quiero comprender a mi Dios sino quererlo,

buscarlo, hasta que la piel se caiga hecha pedazos,
detrás de la letra y los enigmas,
en el centro móvil de cada trinidad,
en el fondo de los fuegos,
en las tablas que nadie osó escribir.

10

En un principio el hombre dijo bueno a todo lo que Natura
[deparaba:
pájaros horrendos y mansas bestias oro,
o reptiles o las luminarias del día y de la noche,
o los primos elementos de la vida.
Crecido, llenó de seres que se le parecían bosques, cuevas,
[mares, cielos.
Cargó de sus propias ilusiones y virtudes
el símbolo del género humanal,
y disconforme, casi al otro día,
comenzó a jugar con abstracciones, y sumas de abstracciones,
porque dios simple no basta,
ha de tener misterios insondables,
que lo engendre lo que explicación no tiene.
Si Dios no goza con corderos degollados,
vísceras que enseñan los caminos de la suerte,
si Dios no odia ni maldice hasta la última generación acorra-
[lada,
ha de ser complejo, indescifrable.

11

Cada dos mil años, por un calendario sin cifras y sin letras,
cambia el hombre su dios, el sentido profundo de su vida.
Cambia su dios, cambia la guardia:
el sueño del centinela que espera lo denuncia
y lo anuncia el paso acompasado del que llega.
Dios está todavía innominado,
y puede que nos quedemos sin él;
ya las viejas abandonan las iglesias signándose contritas,
barre el sacristán las baldosas todavía tibias de las rodillas
[apoyadas,
alza el vuelo el murciélago adelantándose al crepúsculo.

12

Los hombres amontonan sus libros. Vienen las quemas y cas-
[tigos.
Llora el niño en el rincón, sin ingenuidad y sin juguetes.
Las agujas con sus caudas de hilo de color
van y vienen por el aire detenido.
Figuraciones y conceptos y costumbres
inician el viaje final.
El otro dios, todavía un dios indiferente,
como un niño que juega con arena
está preparando su universo.

13

Quiere el hombre tornar al bosque altivo,
al avergonzado arroyo murmurante,

al ímpetu sin fin del río crecido.
Volver al verde de las hojas,
y al verde que es azul de la laguna,
a la ola de la mar
que fabrica encajes y algas y pájaros de dulce vuelo silen-
[cioso;
a la montaña que el pino eriza de mástiles y cantos,
negando a la ciudad que lo aprisiona,
recordando que de la mano de Caín nació la urbe
y que a su sombra se degüellan los hermanos.

14

Crujen las sillas de los caballos,
frenos y bocados tintinean.
Tosen los motores. Tiemblan las carrocerías
porque el miedo de los hombres es miedo de las cosas.
Nadie dice una palabra. Se han borrado las sonrisas para
[siempre.
Suelas y asfalto en fricción desesperada.
Caen las colillas y se alza el humo avergonzado,
y ni una sola palabra.

15

Los andenes están llenos de maletas y de sombra
y los aeródromos, de sombras y maletas.
Por los caminos serpean caravanas de atléticos espectros sa-
[ludables
que a veces se detienen junto a los arroyos

que no tienen que temer y cantan como en la primera mañana
del mundo.

16

Los niños pequeños en silencio
y no lloran ni con hambre ni con sueño.
Los hombres y mujeres han perdido sus pasiones
y se miran con ojos de limpio cristal indiferente
y van hacia adelante porque es la única manera de caminar
[que se conoce.
Nadie ríe. Nadie llora. Nadie se queja.
El frío no agarrota sus miembros
ni el calor los baña de sudor.
Dóciles estatuas de carne silenciosa
que no hieden como en vida.

17

Ahora que nos miran los vacíos de las puertas arrancadas,
cuando las estrellas forman nuestros techos,
va a comenzar una historia
que no es la vuelta entera del homérico Ulises,
ni la del claro Eneas, ni la del poeta que iba de manos de
[Virgilio.
Héroe sin lanza, ni escudo, ni dioses que aplaudieren,
sin Minervas y sin Sanchos, casi sin Beatriz,
casi sin los pies sobre la tierra que Lucrecio cantara
y describiera,
llegará al mundo, héroe sin blancos penachos

ni trompeta anunciadora,
hermano pobre de Palmerines y Templarios,
con gafas, con ferrados zapatos que no van más allá
de la gloria cerrada de la aldea,
llena de cabras, interminable de disputas,
plena de pugnas pequeñas con que estimulan su vida los que
[alientan
entre cuatro rústicas paredes,
aquellos que del sol y del sereno y de la lluvia los defienden
las hojas que ofrece la palmera resignada.

DR. ENRIQUE DE MARCHENA DUJARRIC

CAPITULO I

En el cual se habla del nacimiento cotidiano del hombre y se presenta a Toño Colás, espejo de detectives por vocación.

Dos veces nace el hombre:
una cuando llega al mundo, y otra, cada día,
cuando la noche le arroja de su seno.
Aquella vez primera le aguardaba
la paciente tijera de la comadrona,
las dos piedras del camino,
las temblorosas manos decididas del amigo
o la madre tierra a veces generosa.
Ahora, fría, a la salida del sueño,
le espera la dura navaja del barbero
o la frágil femenina hoja de afeitar.

Hay que afeitarse cada día
porque así la tirana higiene nos lo manda,
porque así lo va exigiendo desde radios, periódicos, carteles,
la siete veces divorciada Doña
Propaganda Norteamericana.

Todas las mañanas se encuentra consigo mismo el hombre,
en la lechosa indecisión del alba,
con la cara entre nubes de espuma de aséptico jabón,
mientras el corazón con timidez procura
sacudir las sombras con que noche,
la almohada tibia y los sueños olvidados,
modifican su ritmo y su compás.

Es cierto que el hombre dos veces no entrará en un mismo río,
pero jamás sospechará que quien aguarda en el espejo,
para el saludo matinal,
es otro también, y muy distinto.
Necesitará que los años y el espejo cambien,
que las dolencias del cuerpo y del corazón le modifiquen,
que de la primera afeitada al postrer rasuramiento
se cuente el tiempo por lustros o milenios;
entonces no se verá a sí mismo,
verá la sombra de sus antepasados;
en el perfil que declina, la frente y la nariz de los amados
[muertos;
en los labios que caen, la sonrisa apagada de los que salieron
[y no volverán;
en las arrugas que de las sienes bajan,
las huellas que dejaron en la carne
los abuelos cuyas manos no se cargarán de juguetes ni ca-
[ricias,
y cuyos retratos penden silenciosos,
por el esmeril del polvo mordidos los cristales que los cubren,
en la sala cuyo aire ya no mueven carcajadas sino rezos.

Pero el hombre no se encuentra a sí mismo
por las cuerdas y arenas del tiempo transformado:
en sí halla a los suyos,
los que fueron él mucho antes que él,
porque al fin ha descubierto que no es cosa original
sino retazos zurcidos de sus progenitores
que a su vez fueron retazos de retazos de retazos.

No es sólo la cara acobardada sorprendida
bajo el manto crepitante de la espuma,
es la voz, el gesto, la opinión,
que cansados de haber sido lo que eran
a los de atrás se tornan sollozando,
porque el hombre ve que en su retorno
a las fuentes primeras de la vida sólo halla muerte y extin-
[ción.
Es una individualidad que desfallece,
es un ente que va entregando ya lo que no es suyo,
y que recibe,
desde el otro lado del mundo,
lo que al fin y al cabo somos.

Y ver a nuestros muertos en nuestra propia cara,
y al ausente delante de los ojos, y oír su voz
y sentir cómo se le llena el pecho de aire y se vacía,
al remanso de la infancia nos conduce,
a la mañana clara en que con tierra fabricó gigantes
la imaginación, y los cuentos de la tía.
Junto al gigante que resistió las flechas y las hadas,

tú, caro Toño Colás amigo,
en el libro parroquial Antonio del Castillo y Doscastillos
y con tantos castillos, por hijo de Nicolasa, lavandera,
el hijo de Colás como si fuera
un hombre su madre y no una hembra.
que en esto de los motes y principios de apellidos el vulgo
[es rey
y los que pierden los padres muy de chicos
son hijos de mamá,
cuyos brazos y manos Dios llena de virtudes,
le acorta el sueño y le da la llave con que Piedad abre todo
[corazón.

Toño Colás es claro y grande,
los que soñamos bajo los árboles que cubrieron su inquietud
[bien lo sabemos;
llamó la gloria y Toño respondióle;
su fama se dilató sobre las aguas limpias de los ríos
y saltando de valle grande a valle chico
nombradía ganó para los suyos,
para el pueblo que cuando llueve se corona
de rojos y blancos y rosados coralillos,
para la aldea y sus laureles y sus robles
y la somnolienta bayahonda
cuya áspera corteza oculta un rojo corazón.

CAPITULO II

En el que se describe a Regoneta, la patria de Colás, y se cuenta cómo se transformó de pueblo de pastores en pueblo agricultor.

El clarín del vencedor hace crecer,
poderosas, altas, gráciles y limpias
las columnas de piedra, y las torres y baluartes.
Los trofeos levantan con su gloria los palacios
y hacen grande
el aposento de los grandes,
y pieles y alfombras y huesos del vencido
cubren su camino, que se alarga más allá del grito, del mar
[y la montaña.
Los cabellos cortados de las mujeres del vencido,
las frentes siena o ébano o marfil de los vencidos,
se hunden en el polvo, y con polvo y agua y fuego
el vencedor edifica sus casas y sus fuertes
y plazas con ágiles banderas y tiesos centinelas sin párpados.

La grandeza se nutre de lágrimas ajenas,
de muertes ignoradas, de orfandad, de esclavitud,

del robo a mano airada,
pero Regoneta no,
por pequeña le bastaron la palma gentil que el viento peina,
sus cabras y sus vacas y sus cantos,
su sequedad natural que limpia los pulmones,
la flor del cundeamor
y el dorado áureo tapete que el abrojo tiende cuando mayo
[es bueno,
cuando las aguas y los vientos, a porfía, lavan del polvo de seis
[meses
los arbustos, las albas piedras candorosas
y el cauce sitibundo del arroyo solitario.

Esto, y el trino loco del ruiseñor al mediodía:
el sol fermenta la fruta de los cactus
y se endiabla el purpúreo azúcar que contiene,
y entonces filomela desespera
y en trinos se desgaja,
sin esperar que Véspero se encienda,
sin huevos que cuidar, sin luna iluminada.

A Regoneta la fundaron los cabreros,
cabreros sin zampoña ni égloga adecuada,
cabreros y vaqueros secos como árboles al sol,
secos y cargados los ojos de horizontes
que allí quedaron agostados
entre cerros y montañas y un mar que se ocultaba
en donde el valle se termina y se abandona en plúmbea are-
[na gris.

Levantó iglesia y trazó plaza cuadrada
que rodeó de hospitalarias rechonchas casas bajas,
con el peso de los techos quebrándole los huesos de la espalda,
para huir del nemoroso aburrimiento
y engendrar hijos y pasiones,
que sin pasión y sin alguien quien herede
es tonto presumir e inútil el rebaño.

Y trajo cura ordenado del otro lado del mar,
calvo como un huevo,
ya sin latín,
campeón del bostezo y de las siestas en el patio claro bajo un
[árbol limpio con gallinas imprudentes,
y a fuerza de virtud y de ocio e indolencia
digno de afazata con perlas y diamantes y de duques y de re-
[yes,
joya perdida entre espinos y duras voces broncas,
de gente que ama y teme a Dios
y que le ofrenda todo el año manso,
y que le ofrenda, también, cuando de ellos El se olvida un
[poco.

La plaza se llenó de locas genésicas carreras,
y de rebuznos y mugidos,
y de manos que acarician los testuces y los belfos,
de ojos que están en la santa tierra clavados para siempre,
que nunca miran hacia Dios cuya faz en el cielo se asoma pa-
[ra todos.

Y no se veneraba lo que en dura pezuña se descansa,
ni la fuente de la leche y del humilde queso blanco
porque ese fué uso de tiempos ya periclitados.

Un día —¡redoblen los tambores,
que se suma en la oscuridad de la ronquera
la voz de los poetas y cantores,
que se interpreten las pestes y prodigios!—
un día cayóse un grano al suelo
y la tierra y el sol y el agua presurosa
su cáscara rompieron y dos tiernas hojas se elevaron:
por arriba blanda la infantil color,
por debajo las nutricias raíces decididas.
Multiplicóse el grano y nacieron esperanzas,
y el cactus vió cómo a su sombra
el agua laboriosa caminaba,
y se abrieron surcos
y se olvidó la oveja allá en el monte
y la cabra desvalida bajo el trueno en el picacho.
Quien siembra se prende de la tierra,
los que crían destruyen cuanto da la madre tierra,
y cada ocupación engendra su derecho,
y el derecho de correr tras el ganado
tropezó con el derecho de cuidar lo que se siembra.

Primero se empaparon los cultivos
con la sangre de las bestias derramada,
y tras la sangre de las bestias en chorro se acabaron
vidas fraternas de pastores indignados.

Manos duras por los años y tareas,
manos que curan la preocupación y el desvarío,
en las cabezas tristes se asentaron.
Las lágrimas lentamente salieron de los ojos
y nariz abajo se arrojaron
para quedar en los blancos bigotes temblorosas.

Regidores y notables se reunieron
para oír de cada bando las razones,
las diestras palmas, con callos amarillos, en las sienes.
Hijos de libertad no concebían
que un derecho pudiera mutilarse,
y se pensó en bardas y murallas y cercados
que defendieran al incipiente maíz
de los dientes voraces de las bestias.

2

Parpadeaba la lámpara colgada
y olía a hombre que trabaja,
lo que dejó el sol se acrecentaba con el apiñamiento.
Alguna comadre murmuraba en un rincón.

Cambiaban de sitio las estrellas
y la discusión a todos fatigaba
llenando las cabezas de pensamientos insensatos y sangrien-
[tos.

Juan, el trompetero, se dormía
con la frente reclinada en la espalda sudada del Alcalde.

Fué a cobrar largos haberes atrasados
y los hombres en pleito le estorbaron.
Los diablillos del ron,
que son azules y cojos y barbados,
nadie supo nunca lo que a Juan aconsejaron.
El se levantó, haciendo crujir sus huesos entumidos,
con la manga se limpió la boca,
con los nudillos espantó el sueño de los ojos
y con voz tonante aseguró:
"Mientras la plaza esté invadida
de animales de cuernos y de crines
aquí el progreso no entrará".

Nadie supo nunca de dónde vino el frío,
el temor que estrujó los corazones,
la pena que las almas embargó.
La mayoría, tirana de pequeños,
la razón dió a los labradores
y órdenes cundieron en seguida para limpiar de bestias
los caminos, las plazas y los prados;
y las bardas y cercados y murallas
se asignaron a los tristes animales,
y el maíz, cuya alma habla todavía
en los dulces dialectos de las planicies altas somnolientas;
el fino perejil,
el aromático café que limpia las puntas de los nervios oxida-
[dos,
que acendra a la sombra de aromas y yagrumos
sus claros aceites y sus caros al corazón dulces venenos;

la comadre batata,
el repollo y el pepino, profusos, sin título ni alcurnia;
la sencilla yuca que recuerda en el trazo pulcro de las hojas
que de su mano, por la blanca energía de sus puros almido-
[nes,
cruzó el arco de las islas una cultura con dioses mejores y
[armas más duras y afiladas,
ganaron la batalla.
Contra las feudales virtudes de los ganaderos
del agricultor la virtud aglutinante,
para romper la costra dura de la tierra
para llevar el agua adonde más provecho dé,
para recoger las vainas maduras y los granos.

Regoneta nació siendo pastora,
ahora vestido de labradora se ponía
y con agua y con afán y sacrificio
echó las bíblicas rosas el desierto.

CAPITULO III

En que se cuenta cómo tuvo bancos el parque de Regoneta y se demuestra que las comunidades pequeñas siempre son tradicionalistas.

Quedó la plaza sola,
los árboles creciendo:
serios laureles cuyos gajos no darán sombra a las frentes
[triunfadoras,
donosas acacias de borlas amarillas,
de acacias que aceptan las caricias del viento por la tarde:
llega, espuelas de plata, altas botas avellana,
atuzándose el burlón bigote azul,
la roja capa pugnando por dejar,
en enérgicos revuelos,
la prisión serena de su talle
y los duros hombros sosegados;
contra el suelo, en reverencia gentil,
las chirriantes plumas verdes del sombrero.

Aquel silencio restangular ponía,
—la plaza era eso y sólo eso—

la cuadrada sombra de un pecado
en medio del pecho de la aldea.

Sombras sigilosas hicieron de la plaza por las noches
sitio predilecto y concurrido:
los pocos muertos quizás de Regoneta
o de Regoneta quizás los pocos vivos.
Por las noches nadie la cruzaba en diagonal:
con los hombros arrancaban el almagre de las casas asoma-
[das a ese mundo de miserias,
casi abochornadas de tener que presenciar
francachelas en el otro mundo preparadas
o las consecuencias de cartas que bajo todas las puertas tie-
[nen su buzón
o de tartamudas invitaciones indecentes.

La luz viene por Oriente
y de esos mismos lados,
en el paciente mulo de Aniceto,
vienen las tristes cartas o las que el corazón alegran,
y de la Capital los diarios enfatuados y solemnes.

Alguien aprendió de allí
que a las plazas nacieron de pronto
pétreos bancos fríos o pintados bancos de madera dura.
Flor de cultura en pasados tiempos
paseándose cortaron los filósofos,
hoy es menester más acomodo:
al que le caminan los pies no le anda la cabeza.

El director del semanario
limpió sus gafas y enfiló la pluma
hacia el indolente Ayuntamiento pueblerino,
y pidió bancos, también, para la triste plaza solitaria,
recordando que alcabalas, impuestos y tributos
al contribuyente era justo que tornaran
en sólidos servicios adecuados:
leche bien pesada, luz en las esquinas principales,
techo sin goteras la gallera,
zarzas y bayahondas alejadas del camino,
certificado de salud el carnicero
y bancos en el parque.

"Criadores de vagos"
—gritaron los que estaban en contra de la idea—
"lugar para romances de criadas y muchachos;
"las bellaquerías se harán ya sin tapujos,
"lo mismo que las abominaciones.

El historiador confiesa, compungido,
que por más papeles que ha mirado
no ha podido saber a ciencia cierta
cuánto tiempo llevaron las peleas.

Sí se sabe, eso consta bien escrito,
en las confusas actas del Consejo,
que el parque tuvo bancos
y los bancos —por otros medios comprobado—
mucha gente encima.

Y en los bancos discutióse
todo lo humanamente discutible,
poniendo corazón en argumentos,
dejando que la sangre a la cara se fuera o se viniera,
entregado cada quien a sus razones
porque en comunidad pequeña la lengua no se habla,
se defiende:
se ama, sin saberlo, al arcaísmo;
se niega calidad a las frases recién hechas
que en los moldes del idioma
no encuentran acomodo.

Allí los héroes son héroes bendecidos,
y el que pone burlas de incapaz es calificado;
los que vienen detrás están para servir
a los que fueron,
para agrandar sus pedestales,
para hacerlos mejores cada día.
La tradición es el aire en que se nutren
las glorias y los pueblos,
demostrar que no hay verdad
en la cabeza insigne de los hombres mayores por sus hechos,
o en sucesos que fueron estelares,
es conspirar hoy contra el niño que chupa en el pecho
de la madre dulce que sonríe,
contra el hombre que afana entre sierras
o arados o los pesados martillos del herrero.

Lo que dice el periódico falaz
él lo vive y lo esgrime y va acatando.
Puede el redactor descreído olvidar lo aconsejado
mas en los pueblos pequeños germinará la semilla de su credo.

Dirán que es la premura,
los afanes diarios los que obligan
al de gran urbe a ser burlón e indiferente,
y al aldeano a sentir en su carne los problemas,
porque es largo su ocio,
suya la casa en que habita con sus hijos,
de nadie el pan que él saca de la tierra.

Con sus razones o sin ellas
la aldea es un gran resonador:
Regoneta cree en lo que frívolo decide el ciudadano,
y hace suyas las causas con nobleza,
y calienta su sangre en discusiones
como calentará cuando lo juzgue necesario
a tiros el cañón de su fusil,
porque la aldea, que guarda los tesoros del pasado,
a fuerza de oír, y responder,
hace también revoluciones,
sin consumir una hoja de papel,
sin poner una coma en las proclamas:
ofreciendo sus hijos, sus mazorcas, sus azufres,
su garganta gutural para canciones
y el torvo gesto de los que están bien convencidos
y no dicen, sino hacen.

CAPITULO IV

Que ayuda a pensar que esto que se cuenta acaeció allá por el 1929 e informa acerca de la invasión de las prostitutas y los temores que engendró.

Epidemias, inundaciones y los temblores de tierra
que derrumban las paredes y vacían la espiga del arroz si está
[granada,
fueron hasta ayer los hitos de la historia,
las rayas con que el tiempo marcaba su paso caprichoso.

Yo he preguntado al árbol
y a la piedra y a los viejos que no ven, que apenas oyen,
cuándo floreció Colás,
cuándo los criminales temblaron asustados
si sus ojos, por los toscos vidrios agrandados,
buscando la verdad,
en ellos se posaron.

Nadie lo sabrá. Los héroes nacen y no mueren,
flotan horas y horas sobre el recuerdo reverente,
siglos y siglos sobre la admiración por siempre sorprendida,

un día se crecen en el campo
y otro con narraciones se tornan en montañas:
¿Cuándo parió la tierra esa excrecencia,
qué trompetas anunciaron su advenimiento y su reinado,
qué dijeron los valles a su tutela sometidos,
y qué el ave rapaz que hizo de la cumbre su morada?
El geólogo vendrá, paso entre paso,
con sus martillos y lupas y morrales
con barómetros, tablas y el prejuicio científico engolado
a medir por millones los milenios de los años
con precisión por todos aceptada.
La montaña seguirá cortándole al viento los caminos,
criando pinos con eólicas liras adornados,
echando arbustos de roja flor y rama entrelazada
para que tenga la dulce tórtola en donde hacer el nido;
alimentando verdes, largos, orondos lagartos
con frágiles pequeñas blancas mariposas,
como el primer día del mundo,
como en la mañana en que el lagarto metió ruido y terror,
cuando los helechos no habían muerto
para llenar de carbón y de diamante el seno de la tierra,
cuando la vida se manifestó en gelatinosa sombra, pegajosa,
[indivisible.

Nadie lo sabía. Apenas recordaban los viejos que carecen de
[pestañas,
los que tienen más de tronco que de rama,
que vivió allá, en aquel tiempo,
lleno de banderas y cohetes y tropeles de muchachos alocados

en que la carretera abrió su arruga blanca,
después que se tendieron sobre los arroyos y los ríos
las tablas y maderos encalados
de los puentes estrechos y gentiles.

Por asociación de pensamiento
se sabía que andaban acertados:
por la carretera vino el mal,
y sus cintas y sus risas
y los trajes rojos que convidan al pecado
que manchaban los sábados después de mediodía
y todo el santo domingo,
la zona en que el pueblo se encarama
en las faldas maternales de la loma.

No eran bonitas, ni elegantes, ni educadas,
eran simplemente mujeres que se daban
por un puñado de monedas corruptoras:
en la mañana libre el pie del alto tacón,
sueltos los cabellos que ese lujo podían darse,
entre los dientes, la cara ladeada,
el áspero puro de la tierra,
metidas en aire con humo que lastima la nariz poco avezada
y polvos de arroz y franceses perfumes trastornados
y sudor que no seca y dice de la hembra
los presentes olores innombrables.

A la hora del Angelus rezaron las madres por sus hijos,
y los padres, junto al café reciente,

maldijeron las tales y soñaron con sus años juveniles, huérfa-
[fanos de ellas;
tronó el semanario, culpando a Sanidad, alcalde y policía
de asquerosa connivencia convencido,
de triste complicidad que se pagaba
en especie de carne que no tiene ni limpieza ni salud ni la
[alegría
fundamental, por siempre bendecida,
con que Amor hace insigne los lugares
que los antiguos llamaron vergonzosos,
sin la alegría, que es pena de la especie,
de los que buscan perpetuar en hijos lo que va dentro de sí.
Preguntadle al amor cuando se enciende,
entre la ceniza avergonzado;
preguntadle cuando el ojo brilla,
cuando la mano fría está temblando,
cuando se acaba la vergüenza,
cuando no se sabe qué se dice y mucho menos qué se hace,
cuando consanguinidad borra fronteras,
y no se pregunta edad, ni estado, ni los nombres,
cuando Amor, en fin, echa sus flores
y los frutos ha olvidado:
late el corazón y no va dando encargos a la sangre
ni le pregunta si es limpio el oxígeno que lleva,
el que te busca a ti, Amor,
no te habla de hijos y de nietos,
y sólo por ellos te procura.

Ganaderos y pastores vieron venir la entraña indiferente,
la tierra seca, sin yerbas y sin ríos,
los agricultores las denominaron prado sin agua,
con mucho sol y piedras demasiadas,
y en donde multiplicación pide al cielo sus favores
las prostitutas no encontraron tranquilo albergue ni morada.

Llamad al pecado por su nombre
y tras el pecado llega el pecador,
poned las tentaciones
y preparad al confesor;
la pobre carne humana necesita
para salvarse el camino del error;
vinimos con manchas
y manchas procuramos para emparejar;
no nos basta el mal involuntario que se sufre,
ser de volición necesitamos
los pecados que se buscan y se gustan,
si hemos de caer, escogemos el barranco;
si hemos de morir, llamamos por su nombre a nuestra muerte;
quizás si limpios nos recibiera el suelo
este afán de pecar fuera imposible,
pero el afán está en el primo pecado original,
en ser hijos de la nada,
en tender, con ansia y con pasión,
a esa nada que nos grita y que del fondo de la noche nos re-
[clama.

CAPITULO V

Aquí se presentan, cada uno por su lado, a María y al vendedor de agujas y jabones, y se habla del amor que aquella despertó en éste.

Las mañanas del domingo,
sobre las piedras honestas en que tienden ropa blanca lavan-
[deras,
sobre el cascajal que ve morir los rayados dulces camarones
[en agosto,
hacia las pozas profundas iban las plantas pecadoras,
los pies desnudos, que el calzado deforma y aprisiona
torciendo dedos y enterrando uñas,
en pos del baño matinal.
A la sombra suave de los árboles mayores,
defendidas por los arbustos abrumados de parásitos vegetales
[y solemnes,
dejaban el indumento que las marca y las distingue
para quedar sólo por blancas amplias enaguas protegidas
que las aguas traviesas empapaban
y que el viento ceñía sin oír ni sus protestas ni sus risas.

Pechos que el hijo no exprimió, secos para siempre;
vientres con que la edad denuncia su tarea,
abultados para siempre;
aquí ni los masajes ni las dietas podrán disminuirlos:
esa es carne de la muerte, de la que engulle, torpe y goloso,
el gusano del sepulcro;
muslos en que andan sin acuerdo los músculos y el hueso;
o la grasa insolente que llena de redondeces y temblores,
y el cabello lacio, que en la espalda se descuelga en trazo se-
[reno y armonioso,
o el casco fofo que la negra sangre ya delata.

Entre las breñas, jadeando, los ojos encendidos,
pidiendo silencio a cada instante,
de los muchachos la turba inquisidora,
los que no pueden pagar,
los que no van nunca más allá de sus sueños porque sus años
[no les autorizan a desoír al padre y al consejo,
y el indispensable bobo del pueblo
cuya carne no vibra, cuyas manos no entienden.

Entre aquella exhibición de desperdicios,
de seres cuyas carreras se truncaron
con el tiempo, con la fealdad que las horas acarrean,
María, simple y delicada,
con la gracia de sus ojos infantiles,
asombrados para siempre.
Ella del río nunca el lúbrico abrazo recibió:
es más bella la pequeña flor que entre las piedras nace,

el preocupado abejorro que ha olvidado su camino,
la fruta, roja y amarilla, cuyo nombre ignora,
el paso firme y lento de las nubes por el cielo,
la danza del árbol del brazo de la brisa,
visto desde abajo, con la nuca doblando las yerbas en que la
[hormiga esconde su sendero.

Pero es pecado ser distinto,
que los pechos busquen con sus picos
el rumbo de la canción y el norte de los vientos,
que estén sanos los dientes
y que el loco amor se ofrezca
tras muros y fosos de una dulce indiferencia.

Despertó pasiones y en su sombra tranquila
se abrazaron los hombres,
los dientes apretados,
en las manos decididas los cuchillos que afilan odio y egoís-
[mo,
los cuchillos que buscan del rival los músculos tensos y la
[sangre,
los flexibles cartílagos y los nervios excitados.

Pasión sin nombre que sólo pide media cama por la noche,
cuando suenan las cuatro y la clientela,
entre vómito y bostezo, la ruidosa casa deja:
en un rincón cornetas y timbales,
babeando el bombardino,
frío el estridente clarinete;

cuando el patrón echa las cuentas
y reúne los papeles que atestiguan
las deudas que dejaron la gente de posibles de la aldea.

Se puede soñar, pero no se deben tener los ojos soñadores;
se puede ser indiferente,
pero que indiferencia no parezca un atractivo,
pues tras los sueños y los fríos irán las almas limpias,
los ingenuos de corazón,
los que recitan cuando el ron les empaña el movimiento,
cuando se sienten parte de la amada,
de una amada que es ajena para siempre.

El vendedor de jabones y de agujas,
flaco de suspirar y discutir en las trastiendas,
vió de pronto que el mundo de ella se tornaba
en su universo:
cinco días de ausencia,
lapso carente de sentido;
la llegada el sábado cuando Febo dora
la chata cabeza del cerro que rompe por poniente el horizonte,
la frenética alegría de la noche,
el domingo con su virtud sencilla,
y otra vez la locura nocturnal,
y el lunes la partida no hacia el olvido:
hacia una espera que se acaba
el sábado a las seis,
cuando retornan las nubes verdes de pericos,
cuando se oye el mar bramando a la distancia,

cuando el sacristán con su cigarro y su cojera
sobre Regoneta lanza
las argentinas campanadas
que llaman a oración.

Suelta la deshilachada cuerda el sacristán
que rasca un poco el muro con sus fibras y sus nudos
y estáse quieta al fin.
Un fósforo se enciende. La llama temblorosa colorando
la apagada punta hedionda del cigarro;
echa a andar y frente a su mostrador con su presencia pide
el trago de la tarde.
Otra nube el cielo cruza de pájaros sombríos,
y con la oración y el trago y el volver de los pájaros del bos-
[que
oficialmente comienza la noche de la aldea.

CAPITULO VI

En que se habla principalmente de amor y, de nuevo, del amor del vendedor de jabones y de agujas.

Quitad al hombre su esperanza
y le veréis el esqueleto,
pero quitadle la esperanza cierta, la palpable,
la que se alimenta de luz y de las formas,
la que tiene nariz, la que emborracha la música telúrica,
la que se alza con el vaho que sube del suelo cuando llueve,
la que rodea con su círculo gris los ojos de los muertos.
La otra esperanza, que no se dice y no se sabe,
semilla de aquella y terrenal,
su punto de partida, la fuente secreta de su fuerza y de su [sino,
esa, no la podréis quitar.

Ama el hombre el amor porque se mira en su propia pasión [reproducido,
porque Amor es puerta que se abre al simple contacto de su [mano,
una puerta que segura cierra de cada quien el lado a oscuras,

un mundo que lo alumbra la esperanza con luz que todo ama-
[rillece,
sin perspectivas, sin distancias, en que los planos son todos
[primeros;
su voz como una fruta que dulce terciopelo guarda,
su promesa como un río con peces y con algas,
su tibia mano quieta almohada que destroza la vigilia,
ella como blanca columna que se alza en un mundo sin aire
[y sin estrellas.

Pisaba la piedra indiferente y la arena gris ufana en su si-
[lencio
y las yerbas que el sol secaba poco a poco,
y los dinteles del ventorro en que cobraba,
y los ladridos austeros.
Veía los árboles restregar sus espaldas en el cielo
y deshojarse las rosas en los brazos del viento,
y las caras estúpidas y torpes,
y las manos, sin prisa, del que paga,
y los recibos rosados y las firmas complejas
y los ojos que querían adivinar quién era entonces.

El no era él, Amor identifica,
nos conjuga a quien queremos y buscamos
en toda cosa representada, para siempre,
Amor cierra los ojos y niega el mundo circundante,
para darnos el universo que llevamos, transformado
cada vez que pretendemos el ansiado nuevo mundo
en archipiélago de goces que se entienden nada más cuando
[queremos,

en islas que adquieren sus relieves
cuando Amor sopla sus tenaces trompas,
distintas cada vez y siempre parecidas,
porque soplan amores y esperanzas:
amor para ella y para uno,
esperanza del que espera y del que se hace esperar.

Dadme una pasión y apagad los cielos
y detened las olas de la mar,
dadme una pasión
y cortad el ala fina de los vientos de la tarde,
borrad el perfume de las flores
y el alegre son de los martillos en el hierro,
y los balidos del rebaño que regresa
y no quedaré solo porque estoy conmigo y con mi amor,
porque Dios me habita alucinado,
porque está en ella y en mí,
y en esta oscuridad que se llena de lirios y canciones.

Así la amaba sin pesar en balanza sus pecados,
en medio de la música estridente de "El Eden",
junto a la vulgaridad que todos enarbolan
cuando el ron ensucia las almas y los gestos,
cuando un pisotón no halla cumplidos que lo borren,
cuando el agrio olor de los demás no nos irrita,
cuando la cuenta equivocada olvida la aritmética y los signos.

Allí le amó sin que materna mano detuviera
su triste frenesí inacabable,

sin que las propias deudas levantaran un muro a su furor de
[estar con ella,
sin reconocer la cara del amigo,
con ojos nada más para sus ojos,
con fuerza para que ella la gastara con plácida debilidad ina-
[petente,
con boca que jamás se complacía,
con palabras que dulzura no quitaba a falsedad la dura aris-
[ta cortadora;
era así con todos, con sí misma,
con él que era su mitad entusiasmada,
su figura en el espejo de su vida transformada,
llena de colores que no tuvo,
florecida de expresiones delirantes
que en su pecho nunca se sembraron.
Era el amor, incomprensible y permanente,
de la piedra que en la cima se acomoda
y besa el viento todo el santo día,
contando los secretos de la mar,
la historia de las melosas flores carniceras,
la vida del cactus que se asoma la noche en que la luna es-
[plende
en flor de cera y de marfil cuajado,
para olvidar su sed y su silencio y el caliente desamparo a
[que las horas le condenan,
el cuento, sin fin, del agua enamorada:
primero nube y luego río,
nube otra vez y entonces mar,
negra nube de trueno y lago azul,

por cortejar flores que escondían
a la humedad sus encantos, sus aromas, su color.

Pero dejadle su esperanza,
mejor es pugnar inútilmente
a cortar los mástiles del barco
en señal de derrota y desaliento;
los que aman llevan en sí el germen de la vida
y pueden reproducirse como seres inferiores,
buscan pareja y no la necesitan,
obran por hábito y rutina,
y los que se creen abandonados
tienen de campaña el propio afán,
sus sueños, ilusiones,
lo que nadie da aunque quisiera,
lo que parece huérfano y es perfecto a toda luz,
que Amor no separa sino une,

CAPITULO VII

En que se sigue hablando del amor.

La flor, antes de ser fruto, abandona sus pétalos,
entrega sus perfumes y apaga la color,
deja de ser ella misma, palidece,
y un momento casi torna a la hoja que el otoño amenaza y de-
[bilita
para ser tronco y corteza,
la tierra sin pasión que la sustenta a través de las finas venas
[vegetales.

El animal se asquea, el hombre se contrita
y un frío de muerte cruje en su esqueleto.
La boca que se besó tiene un amargor que no se halla en las
[copas ya vacías,
es algo que dice lo que somos al oído:
pretexto de carne para que dejemos hijos, aquí debajo,
y una vez cumplida la misión nos retiran el plato y nos oscu-
[recen el sueño,
y bascas que nacen en el corazón nos empujan el diafragma

y nos hacen dar la espalda a la más apetecida,
a la que protagonizó locuras y esperanzas.

Sí, la que agonizó primero en el fondo cabal de nuestro anhelo
y ahora, en la otra orilla de la satisfacción y del cansancio,
fecunda quizás, ahogada en mar de aceite de olas detenidas,
junto a cabellos que reptan por la almohada,
o entre piedras pequeñas de un campo silencioso,
después que pasa Amor es abominable,
y no se saca a puntapiés por que ese es uso de cuadrúpedos
[crinados o de cuerno.

Pero amor, cuando es amor,
acepta y apetece hasta después que el hambre se ha saciado;
él la quería y su goce no acababa con el goce,
y mientras más indefensa, más ansiada:
a la hora en que el sol se anuncia en los crujidos de las tablas,
cuando los pájaros y el humo dicen que es de día,
cuando van al río las lavanderas con los ojos cerrados y con-
[fusos,
él la pretendía,
buscando de sus labios ese beso matinal que asquea,
esa caricia torpe que limita el sueño que de los poros poco a
[poco escapa,
negándose ella con brusquedad siempre repetida,
y lo que era simple negación
él la nombraba fruta de pudor,
blanca flor de vergüenza estremecida
que los otros notaban y que nunca vió, él, enamorado.

Buscaba su boca en la sombra,
como busca el agua su camino,
y su boca no encontraba, en desdenes siempre resguardada.

Buscaba sus manos y sus pechos,
como busca el sol recién nacido la tierra que se oculta entre las
[hojas amarillas y caídas,
y las manos quietas se entregaban,
y los pechos se entregaban fríos.

Era el amor que maldicen los hombres y procuran,
suplicando a la piedra y al agua de los ríos:
la piedra estáse allí y oye los gemidos, y canciones,
el largo suplicar indiferente;
el agua pasa cada vez distinta,
con su tesoro de frescor y oxígeno y azul,
pasa y expira indiferente,
sorda y traviesa saltando entre las piedras,
sorda y traviesa acariciando el líquen con sus dedos,
sorda y traviesa alimentando al pulcro pececillo y al solemne
[cangrejo bien armado.

Amor contra el exceso creó ese bosque
que siempre invita al sueño;
amor contra el exceso llenó de sobras que entre la salsa nadan
los platos de un banquete ya pasado,
cuando estamos ahitos y borrachos,
cuando el solo nombre de manjares, el olor de la especia pe-
[netrante,

nos repugnan y recuerdan que el pecado de la gula
enseña entonces sus infiernos de inapetencia y de mareo.

El no lo sabía, amado el amor,
debajo del cansancio,
en lo profundo del placer gozado,
sentía nacer seguras, prepotentes,
el par de hojitas con que se inician los deseos,
que crece, violento y vegetal,
cuando pasión traza sus signos con encendido carbón
en la noche negra del amor amado.

CAPITULO VIII

En que se habla de la muerte de una vieja y lo que dijo e hizo el Alcalde Pedáneo en esa ocasión.

La muerte no se anuncia en el vuelo lento, caprichoso de los
[pájaros negros:
elige una mano y un corazón y mata a los que no han llegado
[a los cincuenta,
o endurece las arterias y cierra los riñones y aleja del mundo a
[los que pasan de cincuenta.

Canta el afilador, y no sabe qué sangres ayudará a salir el
[cuchillo que acaricia con su barba de chispas;
teje el tejedor la cuerda y no adivina los barcos amarrados a
[los muelles, en dulce balanceo,
ni bajo la luna los ahorcados, o en las sucias buhardillas los
[ahorcados.

Entre los párpados cargados, semiabiertos, los ojos de la vieja,
vidriados, secos, retratando, imparciales e impávidos,
del tejido de palmas que es el techo el revés erizado de palotes,
la torpe urdimbre que se adorna con las telas que la araña
año tras año trenzó agitada y sorprendida.

Una vela amarilla. Padrenuestros. Sollozos breves y suspiros.
Las moscas ciegas tropezando,
los mimes detrás de la humedad.
Un sencillo olor de campesinas flores
y ese simple terror que no se dice
y que la muerte produce en los valientes,
y además del terror esa porfía
entre hombres y mujeres ante un cuerpo que se va y un alma
[que se pierde,
y aquí siempre están mejor faldas que calzones:
acostumbradas a la sangre y a los llantos,
al largo velar, al misterio de la noche,
a espantar el hambre con fogones apagados,
a dar de mamar aunque afuera ruja el viento.
Se crecen las mujeres,
se deshacen en serena premura resignada,
todo a su tiempo, en el lloro, en el trabajo, en los gemidos,
mientras los hombres,
hablando y bebiendo,
de puntillas, sonriendo, se alejan de los muertos.

La vieja apareció, por la mañana,
en medio de su desnudo aposento en que hace guardia
San Roque con su perro.

La muerte, que todo lo quita del camino,
la reconcilió, cuando se daba la mano con el polvo y la ceniza,
con Juan, esposo de su hija,
hombre que al suelo siempre va mirando,

amigo de soledad y del dado y la baraja,
en cuya sombra el hado puso, amarillos y morados,
hongos y musgos y limos y líquenes babosos.

El Pedáneo, sin letras, más cejas que bigotes, menos dientes
[que dedos de la mano,
descolgó la fruta madura por la muerte,
y escupió al suelo rescándose la nuca cubierta de nacidos.

"—La ley es la ley y el humano corazón un pájaro triste que
[a toda puerta toca.
"Si no hubiera ley me bebería tranquilo el café de los velorios
"en lo que mi mujer rezaba su rosario;
"pero hay que poner un tapón al sentimiento
"y recordar que sin ley los puercos se comen el sembrado
"y que sin ella no habría forma de reparar la honra de la hi-
[ja...

"Lloren un poco mis amigos,
"griten con fuerza,
"que lágrimas y gritos inician la cicatriz que el alma está pi-
[diendo,
"pero preparen las alforjas y los bultos;
"este muerto no es de nadie y en el pueblo hay que ir a decla-
[rar lo que sea útil.
"Ni quito ni pongo rey, pero irán desamarrados,
"que encima de la pena de la muerte
"yo no puedo colgar la pena de la infamia.

Se hicieron cruces los presentes. Juan se revolvió como una
[fiera

y lo que dijo nadie a derechas lo entendió.
El Pedáneo se rascó los nacidos de la nuca con la izquierda,
y con segura diestra mano
comprobó que la culata del revólver estaba fría.
Por encima del estómago le urgieron los nervios azorados,
pero eso nadie lo sabía.
—"Y el que se ponga tonto en el camino quizás se quede tieso,
"porque el pulso no me falla... están muy caras las cápsulas
[si llevan el plomo entre acero acorazado...
"El inocente es manso como oveja
"y el que mata esconde una fiera disfrazada entre sonrisas.
"Juan irá al pueblo y su mujer y los muchachos,
"y en llegando mi deber se acaba por cumplido.
"Allí dirán el juez y el secretario lo que juzguen mejor.
"Sirvo sin paga y cada día una enemistad segura voy ganando.
"Cada quien carga su cruz: el que roba entre paredes,
"el que mata: entre paredes y remordimientos;
"la mía es poner en hombro ajeno el peso de la ley,
"y por toda recompensa: un sucio revólver oxidado
"cuyas cápsulas yo compro, y el presidir asambleas antes de
[desmontes,
"o cosechas o las fiestas del Patrón,
"sin contar las noches que entre truenos y barrancos,
"con el agua a la cintura,
"tiritando,
"tengo que hacer camino hacia las caras de los muertos
"y verlas a la luz de hachones que chirrían,
"junto a anchos sombreros que destilan un agua limpia y fría;
"y examinar machetes y cuchillos tibios y sangrientos,

"o el portillo en la cerca, o el agua tomada violando el regla-
[mento,
"o la ausencia de la chica que esperaba, bajo el mango en
[flor,
"al galán perseguido por ocioso.

Quedó la vieja sola,
entre extraños amigos que la muerte siempre llama,
mientras Juan y su mujer y los muchachos,
con el Pedáneo detrás,
muy preocupado por encargos que su mujer al vuelo hizo,
se fueron hacia el pueblo,
a buscar la justicia que el hombre necesita,
quien la administra para ganar el sueldo de que come
y los que la sufren para pagar sus crímenes horribles
o para salir del tribunal,
alta la frente,
gritando su inocencia,
y volver al cabo frío de la honesta azada,
a calderos y pilones, la mujer, en la cocina;
el muchachón al desgranado ambarino maíz de las gallinas,
y todos a esa paz que no se compra ni se vende
y que deja dormir y soñar a los que apenas piden a Dios el
[pan de cada día.

CAPITULO IX

En que se narra cómo llegaron al pueblo Juan, su mujer, los muchachos y el Pedáneo, y cómo se enteró Colás, que decidió investigar a fondo los hechos.

El campesino viejo sabe
por el lugar que ocupan las constelaciones,
cuando la noche es densa y no estorban las nubes presurosas,
la hora que es,
y con la nariz, por las secretas humedades del aire,
por el júbilo estridente de las plantas,
que se estiran, empinan y desnudan,
el momento en que se acerca la lluvia con paso sigiloso.

Colás nada sabía, huérfano de instinto, hombre de razón,
necesitó que el adormilado policía
tirase dos veces de la cuerda y dijese para sí:
"Por fin las dos, a las tres vendrán a relevarme".

Todavía vibraba la campana,
no habían vuelto a cerrar los ojos asustados
los pájaros que duermen en el parque

y que a cada hora despiertan obligados
cuando el duro metal en ondas se esparce golpeado,
cuando asomó, primero sus pisadas,
después el hosco ambiente, el silencio en que estaban sumer-
[gidos,
la triste caravana:
los padres, los hijos y el Pedáneo.
Colás, que casi no dormía,
que entre cigarillos y disputas que amistad quita los filos
las noches se pasaba,
con Miguel el que escribe versos
y alimenta su alma con libros que no entiende,
los vió llegar,
su corazón apresuróse
y sin pensarlo, dejando la habladora compañía,
con paso decidido dirigióse hacia el triste rectángulo amarillo
que en la calle trazaba vacilante
la lámpara triste de la comisaría.

"—¿A dónde vas, qué te importan las lágrimas ajenas?
"Si la gloria buscas y la honra
"dale espaldas a tragedias campesinas:
"busca crímenes urbanos que se viertan
"en periódicos, revistas y corrillos de conturno,
—dijo Miguel con voz en que temblaba
la llama triste
del alcohol cuando se ingiere
sin parar todos los días.

Airado, Colás, volvióse hacia el amigo
y después de palabras que no hay que repetir por indecentes
le dijo casi sin poder, el aire escaso:
"—Iguala a los hombres la justicia
"el pie descalzo o el calzado fino
"no cuentan para justos,
"en donde esté el dolor y en donde el mal trato levante su
[asquerosa testa maldecida,
"allí estaré yo,
"y ayudándome en mi empeño, los nobles, pulcros, verdaderos,
"los que a este valle se bajaron
"para perseguir a los que pecan y delinquen;
"los de armas tomar, con sus acciones,
"los limpios, con el desprecio infinito con que castigan las
[culpas y las manchas.

"—Yo te comprendo Colás y te perdono,
"antes que tú han muerto en la demanda
"las buenas intenciones,
"aquel policía que mataron en La Cruz,
"alguien que murió crucificado,
"Don Quijote que estiró la pata
"por los años y las glorias agobiado,
"según reza la historia, en cama blanda y bajo propio techo.

La rabia, ante las burlas de su amigo,
cerró la boca a Colás que amordazado por la ira
dejólo al fin, y fuese al grupo
que al salir de la sombra, iluminado,

entre verdes y violetas de miseria
mostraba su sucio y pobre dolor transfigurado.

Poco a poco, como mandan los novísimos textos policíacos,
en pos de la verdad inició su camino delirante,
las manos temblorosas, atenazado por una sed que no se acaba
[nunca.
Los que piden justicia, justicia no los sacia nunca,
los que buscan verdad, verdad sólo les sirve
de peldaño, incentivo y trampolín,
no es posada para disipar las fatigas de la marcha,
es voz que clama, y nos requiere y enamora.
Los que te buscan a ti, Verdad,
están atados a tu carro,
vencedor de la noche y del abismo;
los que a ti, Justicia, te procuran
están cosidos a tus faldas,
trinfadoras de espejismos y de engaños.

A sus ojos quedó limpia su inocencia:
la vieja suicidóse
por ese mal que los años acarrean;
crimen no pudo haber,
la razón era sencilla:
ella tuvo que cerrar la puerta que encontraron
en terca clausura, separóla la Muerte de los suyos.

Para el otro día preparó
viaje a la tierra en donde estaba la casa abandonada

para ver con los ojos de la cara el escenario,
en fin, para cumplir los requisitos
que los maestros aconsejan para el caso.

El hombre que entró alta la frente,
destrozado salió, encorvadas las espaldas,
plena la cabeza de encontrados pensamientos,
herido el corazón:
"este es valle de lágrima y miseria,
"la verdad no cabe en parte alguna,
"para maldad sobran lugares, sitio holgado sobra,
"para el error, para la mentira,
"para injusticias y desvíos.

Llamólo Miguel, y él estaba sordo:
cuando pasión sus llamas echa
en caprichosa soledad nos deja,
y se olvida el pan y el acomodo,
los sentidos pierden sus urgencias,
y en esa soledad, más de dioses que de bestias,
readquirimos las fuerzas,
las mañas y argumentos
que perdimos cuando dejamos de ser solitarios altivos animales
para perdernos en el rebaño opaco de la sociedad.
Los que no se sienten solos nunca,
los que viven de prestado,
son almas del montón,
incapaces de heroísmos,

órganos nada más de la familia,
cuya función acaba un poco más acá de los cercados
que deslindan los patios y las penas.

Miguel llamólo, Colás no lo escuchaba.
De la cáscara vulgar él se salía
por su pasión terriblemente iluminado.

Bajo sus pies, piedras y arenas,
y arriba el cielo con sus astros,
por encima de las casas las copas quietas de los árboles calla-
[dos,
y él, solo, en un desierto sin fronteras y sin aire,
en mar sin espumas y sin barcos,
mar de plomo indiferente,
llanura de lava quieta y fría,
sin brisa gentil, sin árboles ni canto,
sin caminos, sin pájaros, sin yerbas y sin ríos.

El amaba al hombre, no a la humanidad,
y para defenderle se aislaba así como ahora mismo,
y se sentía montaña impenetrable
y noche sin término ni nubes.

Y fué a su casa y la cansada cabeza,
ardida de preguntas, en la almohada cayó como de piedra.

"—Por lo menos tienes que quitarte los zapatos,
"y no beber y fumar como te gusta,

"y dormir, que el sueño es bueno para cuantos trabajan en el
[día,
"y si no puedes tú, que estás cansado,
"lo haré yo que soy como tu madre.

Colás de un salto levantóse y la ropa se quitó,
convulso y sorprendido.
El prefería abrir un hueco en el fondo de sus cavilaciones
a que ella le ropa la quitara:
irresistibles eran sus manos cuando a él se le acercaban,
y las rechazaba, no por desamor
sino que había en el fondo de su carne torturada
una sed irremediable por la sagrada carne de la hermana.

CAPITULO X

Colás desespera ante la situación de los acusados y reflexiona acerca de delincuentes y pecadores.

Arriba las pequeñas estrellas doradas
que rodean grandes estrellas violeta,
debajo la sombra abrupta de la montaña sórdida
que esconde oros y fierros y da café y la roja aroma
y la textura delicada del repollo.
En el sur el mar contra la playa siempre,
tibio y delicado, que es de noche,
alimentando los uveros y los cocos.
Entre las flébiles palmeras delgadas de la cumbre
y las estrellas que buscan los espejos apagados de los ríos,
el viento,
un viento azul, de azul añil
que recoge las caídas hojas secas
y las arremolina en curva musical
por los húmedos rincones de los patios,
debajo de los árboles en donde la sombra se hace tinta
para despertar al que no duerme,
para recordar a los enfermos que la salud es movimiento,

que la salud es libertad, que la fiebre nace de los huesos
y crece en angustias y temores como una palma en cielo des-
[velado.

Oyó su sangre correr por los capilares del oído,
después el crujir de la fibra de la madera humilde de la po-
[bre pared,
hasta que llegó el viento con sus hojas danzarinas
y el fino polvo gris que trajo del camino,
y sangre y fibras que se parten y acomodan y las hojas y el
[fino polvo gris que trajo del camino
fueron sólo rumor sentido por toda la piel, por los cabellos
[erizados,
por el oído que la noche engañaba con sus trampas.

"—El que delinque es como el que peca,
"el crimen sólo mancha a aquél que lo comete.
"Lapidar al pecador no libra,
"nos hace reos de la justicia terrenal.
"El que peca va contra sí mismo,
"al pecador hay que le ayudar,
"los que delinquen contra sociedad fincan su misión
"y entonces uno se pregunta:
"¿Es el castigo ejemplar,
"o limpia al criminal la pena dura?
"Yo sé que la ley,
"lo que dice si es justo o injusto aquí lo que yo hago,
"es letra y palabra generalizando siempre,
"y crímenes y pecados e infidencias

"distintos son por los siglos de los siglos.
"Quien mata a su mujer, quien roba el áureo anillo de brillan-
[tes,
"los que abominan y maldicen
"y niegan a Dios su reverencia son uno solo,
"y uno solo el delito,
"y una, y nada más que una, su caída.

La noche está poblada de rumores que el hombre no compren-
[de,
vienen crecidos, ágiles, potentes,
las palabras, sin tiempo, del arroyo,
el chasquido con que quiebran sus minúsculos tallos
las yerbas chicas y menores,
el doloroso abarquillarse de cortezas polvorientas,
las penas y alegrías de los grillos incansables,
lo que dice lechuza,
las piedras que buscan su lugar sin que nadie las impulse,
y los pedazos de trueno que quedaron, dormidos,
en donde la barranca esconde sus más finas campánulas azules.

"—El pecador se mancha, sus ojos le denuncian,
"y se mancha el criminal,
"que hace lo que Fortuna le manda muy callada
"para que abandone en el camino
"las señas que han de seguir los que procuran
"que sobre inocentes cabezas no derribe
"su cúmulo de códigos justicia terrenal.

"—Amar es buscar al limpio de pecado,
"al libre de delito y compasión,

"amar es mirar las frentes,
"y lo que hay detrás de las frentes,
"y allí en donde el pensamiento cristaliza sus palabras,
"para separar al que sólo tiene la mancha del nacer
"de los que llevan turbia el alma,
"de pecados y crímenes en horrible confusión y mescolanza,
"porque hay pecados que son crímenes tremendos
"y delitos que van más contra Dios que contra sus creaturas.

Vigilan las piedras y el barro y el limo
que las aguas del arroyo
no sean las aguas del río ni las del pozo dormido;
cuida el árbol los cabellos del viento
y los peina y los aliña;
rompe el pico del pájaro el cascarón
y abre las puertas del mundo,
y él, sin agua, sin árbol y sin pájaro que cante,
tiene quien le guarde de la acechanza de la noche,
que niega su valor a realidad, que tuerce los contornos,
que mezcla los colores olvidando las leyes de la tierra:

"—Debes dormir, los que trabajan tienen
"que reponer las fuerzas en la almohada,
"que olvidar el cansancio hundiéndose,
"no en la noche que la luna baña,
"sino en la noche del alma que es acogedora.

Habló la hermana y él adivinaba
detrás de las plumas suaves del consejo
los brotes pétreos del regaño.

CAPITULO XI

Colás insiste en investigar en el escenario del crimen, y su hermana trata de disuadirlo recordándole sus obligaciones. A pesar de todo Colás emprende el viaje.

No se dormía. Oscuramente necesitaba entrar en contacto con
[la tierra,
hundirse en ella hasta las rodillas,
que sus confusos pensamientos, savia sin norte,
por el camino del grito y de la estrella,
enfilara sus velas y sus alas hacia fruto de certeza,
hacia una concreción que hubiera sido antes
flor con perfume, y mucho antes todavía,
agua escondida y puros inocentes minerales.

Enterrrarse en la tierra, abandonarse
a las fuerzas que en tiniebla acendran su poder,
a la telúrica energía
que Dios trasmite al hombre por el intermedio perfumado
de las ingenuas hortalizas,
por los colores que en sus mejillas lucen las frutas en sazón,
en la humildad del hongo,

y saltando otros terceros,
en las fibras, en la sangre, en las vísceras,
con sacrificio y muerte, cuadrúpedos y aves de corral y los
[que libres vuelan bajo el cielo.

Sentir que las potencias que aclaran la voz de los profetas,
las que guían del santo ayunos y oraciones,
las que endurecen los músculos del mártir y del héroe
la decisión sin torceduras,
lo penetrarán como un escalofrío
y se hiciera la luz en la sombra densa y pegajosa
en que le llevaban,
como arrastra al ciego el lazarillo
su pasión de verdad, su hambre de justicia.

Dejó el lecho, con lentos y torpes movimientos maquinales,
casi sin ser él, hijo de sí mismo,
nieto de ilusiones tan viejas como el mundo.

Vistióse aprovechando las arrugas calientes de su traje,
la efímera humedad que guardan todavía calcetines y zapatos,
la penumbra casi derrotada
de la noche que se sabe pariendo la mañana.

Y fuése al patio y allí le recibieron
fresca brisa gentil, los rumores apagados de la aldea
y el masticar rítmico de su corcel de guerra,
contra yerbas y desperdicios de cocina bien armado;
siempre fantasmal ensilló la flaca bestia resignada,

sin ver en dónde las cosas colocaba,
con segura precisión de sonámbulo dormido.

"—¿Y a dónde vas, a esta hora, trasnochado,
"sin beber el café, sin decirme lo que pasa?

Québrose el sueño como aguas tranquilas que de pronto
riza su superficie un viento huracanado,
y sintióse en medio de la noche,
junto al caballo que temblaba,
en laberinto de peligro sin salida.
Arboles y arbustos, y los cercados verticales,
y el viento ufano, y la sombra detenida,
todo a una, por la voz de la hermana revuelto y azuzado,
contra su pecho en airado remolino.

"—Verás, hermana mía:
"acusación injusta y peregrina
"sobre inocentes cabezas se desploma:
"dos niños tristes, dos niños asustados,
"y sus padres también,
"aguardan casi sentenciados
"la decisión inficionada
"por el criterio rural
"de un hombre torpe y deleznable
"que se libra de un científico problema
"adivinando culpa en cada quién.

"—En la ciencia y los achaques
"de seguir y de encontrar

"a los que arrancan la vida sin derecho y a escondidas,
—dijo la hermana sonriendo—
"no soy versada, y tú por el contrario,
"maestro eres en pistas y coartadas.
"Por ese lado arreglas el mundo para ti.
"¿Y quién arregla la reventada llanta,
"el canceroso neumático que humedades y el aire comprimido
"destrozaron para llevarlo casi a extinción definitiva,
"si tú, con destreza inigualable, no aplicaras la ciencia insigne
[de las vulcanizaciones?
"La industria con el caucho,
"hizo más muelles los caminos del mundo pedregosos,
"pero sin ti qué hubiera adelantado,
"tú que significas para las llantas enfermas,
"para las cámaras heridas,
"médico y consuelo,
"tú que sólo sabes
"como se destila para las gomas agobiadas
"un elixir sin par de larga vida.

Colás sintió su alma vacilando por dos deberes requerida,
con dedo firme tocó la hermana pura la llaga de vanidad siem-
[pre sangrante;
él no sabía qué camino tomar,
cuál era el rumbo mejor para su sino,
y Dios habló por su boca acongojada:
"Trescientos días serán de cámaras y llantas,
"para reparaciones y justicias materiales,
"y el resto, cabalmente, para esa justicia que todos olvidaron,
"para la verdad, que nadie la recuerda.

Ante la hermana, que asombro tomó por la garganta,
Colás saltó al caballo,
desde la silla, airoso, transformado,
por su propia pasión que renacía,
hacia la montaña por la calle solitaria
dirigió los pasos de la bestia,
envuelto en ese manto que cubre, por igual,
al mercader madrugador,
a héroes y soldados,
al médico que arrancan de la cama dolores ajenos y agonías,
los que van para muy lejos y temen del sol la compañía des-
[lumbrante.

CAPITULO XII

Dedicado casi exclusivamente al tema de la muerte.

La muerte llama de lo hondo
y el hombre responde sin saberlo,
y cada día, paso que da lo va juntando a ella,
y él la persigue y afanoso busca,
muriéndose en la muerte de los otros,
achicándose en la extinción de los amigos,
pereciendo, poco a poco, en los demás que desfallecen,
desintegrándose en la hélice limpia del pétalo que cae,
en la gota de agua que los rubios soles evaporan,
en la sangre que apaga su andar dentro de las venas,
en la luz que se extingue,
en la tierra que el viento pulveriza y alza hacia el cielo camino
[de la nube impávida.

Quien vive procura su muerte cada día,
cava viviendo, rectangular, su sepultura
y con sus propias lágrimas abona
la tierra en que florecerán lirios mañana,
lirios blancos y duendes amarillos;

y con sus propios pies hará el camino
y con sus propias manos sembrará el árbol
que dará la madera de su cruz,
las tablas de su féretro sencillo
o las que morderán clavos de plata
entre dulces caricias de sedas y damascos.
En el principio el hombre muerte no temía,
ni la muerte lo llamaba,
desnudóle el cuerpo el pecado original,
y llenóle el alma de pavor,
un pavor que es redivivo Prometeo
porque el buitre de la fe rompe con el pico sus entrañas,
buscando, siempre apresurado, el valor que naufraga a cada [hora,
la seguridad que se estrella a cada hora.

Tras las esferas de los relojes,
dentro del agua mansa de clepsidras,
en el seno de la arena que pasa y repasa,
el hombre busca la muerte y no la teme,
sin conciencia, sin brújula y sin tino,
cada vez que sale de su casa
la encuentra y se besan y sonríen,
en el escalofrío que sube por la pierna hasta la ingle,
en el frío metálico de los presentimientos,
en las premoniciones que se escudan en el silencio de la noche;
y el hombre vive y no teme la muerte
y viviendo los dos, con los brazos extendidos,
un abrazo final están buscando.

El hombre es lo sencillo universal,
y por razones de mezclas, lo complejo;
y a lo simple, a lo elemental, al átomo intranquilo,
tiende el ánima triste y el corazón lleno de fuego;
ánima porque alienta y porque vive,
ánima que es función de elementos materiales,
la flor del cuerpo, su perfume sacrosanto,
su destino quizás en este mundo,
la esencia que puso Dios en nuestra carne,
desprendimiento de Sí Mismo,
para que en amor y reverencia hacia El siempre retornara.

Crece el rosal y crece el río,
crece la luz si es sana y limpia la visión,
y el gusto de las cosas crece,
con la salud y la tranquilidad,
y el hombre busca su muerte
para agrandarse para siempre,
para, despojado del estorbo corporal,
dar de sí cuanto no era suyo
y lo único que es él cuando las cuentas ya se acaban,
sin nombre, sin huesos y sin gloria,
piedra que dice en donde estuvo la ciudad edificada,
grito lanzado por alguien que no vemos,
huella en el polvo, sombra en la pared,
hoja que con sus manos el viento levantara,
agua estancada en arena cuya sed hace brillante.

Nadie podrá detenerlo, es su muerte
que haciéndole vivir le llama y acaricia,

y él sin saberlo, dócil al reclamo y al amor,
paciente a veces, otras trastornado,
sintiendo el halago de que le llamen por su nombre,
el orgullo de ser la víctima elegida
y que años y años y años
su propia muerte le procure,
en el duelo y en la fiesta,
en el hambre y el convite,
cuando abril llena de flores la pradera,
cuando el invierno todo lo blanquea,
en adulación que él mismo desconoce,
en tremenda fidelidad que no le aterra,
porque viviendo al hombre falta
para ser perfecto e indestructible,
su último día, su muerte, en fin,
que es la causa de su vida:
vino a parir entre dolores,
a ganar su pan entre gemidos,
a lograr su sitio sobre el mundo,
tibio, sin lluvia ni nevada,
para buscar la senda que lo lleve al perdón de los pecados
que él nunca cometió,
y que muerte, y sólo muerte,
puede borrarlos para siempre,
cuando arroje a la vera del camino
las tentaciones de su carne,
de la especie las nunca bien cantadas tentaciones.

CAPITULO XIII

Con mucha hambre llega Colás al lugar en donde mataron a la vieja. Lo que le ocurrió hablando con una campesina. Se inicia el regreso.

Brillaba el sol en las alturas,
en cielo que la intensa luz decoloraba,
más arriba de las copas de los jobobanes,
que se estiran y empinan procurando su ración de claridad de
[cada día,
claridad que transforman sus sabios tejidos silenciosos
en alimento, en flor, en fruto,
en sombra para los que van por el camino
sin hambre y sin premura,
no como Colás que ve en la brisa
níveo arroz, pavos dorados,
tazones de leche perfumada,
del coco y del azúcar las mil combinaciones,
crepitantes chicharrones,
el vientre amarillo y rosado de los mangos olorosos,
y por la fuerza del hambre, que recrea
recuerdos niños enterrados,

los pedazos de pan viejo que el moho adorna
con barba de suave terciopelo gris,
el muslo de pollo rechazado,
la sencilla exhibición de las frituras del mercado,
con sus moscas resueltas y pesadas
y sus niños y sus perros de dulces grandes ojos.

Arriba el sol, indiferente,
abajo la senda inacabable,
entretenida en saltar los arroyos que nacen en el costado he-
[rido de la loma y echan a correr mundo adelante,
distraídos en criar presumidos cangrejos que esquivan el en-
[cuentro con cerdos y muchachos,
fortaleciendo los helechos que son pluma,
lavando los géneros que entre cándidas piedras golpeadas
con su honrado sucio cotidiano
en simple rito le ofrecen sumisas campesinas,
entre risas de primitivo arpegio delicado
y humo de pipas con tabaco mucho más primitivo todavía.

Largo como un camino con hambre,
largo como un camino con sol,
como un camino que se anda
con el corazón lleno de sombras y de angustia;
nos parece que cada seguridad busca su abismo,
que no hay verdad, que todo es falso,
que depende del ojo que la vea, de la cabeza que ordena lo
[sentido,
del interesado ánimo parcial.

Que no hay verdad sino posiciones,
ángulos que dan a la ocurrencia su color, que no es definitivo
[ni inmutable.

Allá en su corazón, entre llamas altivas y nerviosas,
buscaba su destino de ceniza y de carbón
su teoría mejor sobre la muerte de la vieja,
y su pensamiento la soltó de pronto:
en su cabeza no cabían la vieja colgada en su aposento,
la inocencia de su yerno
y este pasar de manjares con su cola de olores y de ensueño
ante sus ojos ardientes, trastonados.

A veces el viento entre sus manos le ofrecía
el olor penetrante que el café despide
cuando con lentitud y amor se tuesta,
y el olor engendraba espejismos de café con leche
fatamorganas de aldeano rústico pan con mantequilla
y el cigarro final con que consagra el hombre todas las comi-
[das.

Y llegó por fin, cuando el ansia de llegar se le acababa;
mareado se prefiere que se hunda el barco que nos lleva,
de tanto querer el querer en las manos se deshace,
y se transforma, no en resignación que es inactiva
sino en fuerza que se pasa al enemigo con las banderas hu-
[milladas
y conspira contra lo anhelado que nos pasa de parte a parte
[como un dardo.

El pie se dilató del estribo al negro suelo encenegado
cosa de mil años, y la cabeza al cuerpo no seguía,
en el aire como un globo infantil quedó flotando.
Sus manos no eran suyas: soltó las riendas
y las riendas en ellas se quedaron rudas;
dejó la silla y la silla la sentía a sus glúteos y piernas adhe-
[rida,
y la tierra cobró ritmo de caballo que galopa,
y sin moverse vió pasar a su lado arbustos presurosos,
árboles tímidos en loca carrera hacia la nada,
ríos caminando de costado,
y el cielo arriba, indiferente.

Le ofrecieron café. Dijo que sí con la cabeza.
Sacaron los granos en la uva seca resguardados
y en el pilón los desnudaron, majándolos en rito que se ol-
[vida;
los tostaron después
y volvió el pilón a su ritmo y a su pena profunda,
y negro polvo ya el agua hirviendo extrajo de su seno,
con ayuda del colador de burda tela,
las esencias y aceites que nos sirven para pulir las puntas de
[los nervios que oxida la inquietud
o que torpes no transmiten los mensajes del mundo circun-
[dante.

Café, pleno y completo,
café del campesino que alumbras las madrugadas en que llue-
[ve,

que das la bienvenida en toda hora
al amigo de siempre y al desconocido,
que tiendes un puente entre cansancios y fatigas,
que haces menos vacua la soledad en que navegan los muer-
[tos que esperan sus cajas y sus rezos;
café con que entra al mundo el hombre, de bracete, cada día,
café que no envileces las dulces mieles de la caña
que entre sus pechos lleva parda azúcar moscabada.

Bebió su café. Un tibio mundo
lleno de ídolos de barro y plumas y bambúes
con paso firme se asentó en Colás,
un mundo manso como nuestra propia almohada,
suave como mano adorada que pasa por la frente en los con-
[flictos,
y con un fondo de charla inacabable,
de la dueña de la casa, se durmió,
unos segundos, al amparo discreto de los lentes,
para caer en roja hedionda caldera del infierno
en donde la vieja con un tridente ensangrentado
le recordó a pinchazos su obligación y su destino.

Comió después como si hubiera llegado de otros astros,
descubriendo la gracia sin par del cebollín,
el humilde halago del cilantro,
la suavidad femenina de los almidones de la yuca,
la gama de disímiles magníficos sabores
que guarda y regala un bocado de carne de esa que lleva el
[cerdo entre las costillas prisionera.

Y preguntó por fin lo que quería,
y la dueña de la casa mandando callar al marido que opinaba,
dijo su verdad, simple y desnuda:
el yerno interesado en tierras que la vieja poseía
la colgó, y con maña no determinada,
saltando quizá sobre la pared,
dejó la puerta por dentro bien cerrada.
Y si no era él el matador otro llevó a cabo lo que él seguro
[deseaba,
y castigo merecen no sólo los que matan
sino también los que piensan matar;
el crimen no comienza en la primera gota de sangre derra-
[mada,
ni en el primer puñado de aire que niegan una soga o duros
[dedos asesinos,
ni cuando cae el veneno en el brebaje,
se inicia en el corazón y allí alza sus ramas y flores tenebrosas
que esperan nada más propicio otoño
para entregar sus frutos de muerte y de dolor.

Lo que empezaba a naufragar a sus ojos ya se hundía
y vió en las profundidades submarinas,
bajo techo de olas y de algas,
elegante grácil pez azul y pulpo circunspecto
y al polvo sutil de las vegetaciones del mar adelantarse,
buscando víctimas con calculada frialdad indiferente.

Quiso replicar y arrojó su lastre de lógica libresca
y la mujer, sin dejar que su marido hablara,

con férrea simplicidad destruyó sus argumentos,
y el mismo temor que ante su hermana padecía
le enturbió a Colás palabras y teorías
porque criado en dominio femenil,
por despecho o por afán de oposición,
jamás miraba esa cara sencilla que tiene realidad,
tan familiar a las mujeres,
que se burlan de la ciencia y lo complejo
porque profesan intuición,
porque tienen, no se sabe bien en donde está,
un órgano que tuvo el hombre y que perdió hace mucho tiempo,
cuando pensar fué más importante
que ser, lisa y llanamente.
Y ya no quiso ver la casa que el crimen maldecía,
ni el cuarto en que apareció muerta la vieja,
ni la aldaba que podía dar la clave del misterio,
sintió el frío y la vergüenza del que despojan de la ropa,
la inseguridad del borracho que regresa al universo sin parcia-
[lidad de todo el mundo,
la tristeza del que ve desintegrarse en disparate
lo que a fuerza de fuerzas y de fe uno mismo ha construido,
y dolorido, derrotado, un hombre distinto de aquel que Rego-
[neta abandonó por la mañana,
volvió a la tortura que es la silla de un caballo
y se dejó llevar bajo la tarde
entre el clamor de los pájaros del bosque,
junto al croar lejano de las ranas,
entre arbustos y árboles y piedras
que abandonaban su reposo

para cruzar a su lado y preguntarle,
con señales de sus manos imposibles,
torciendo el rostro en muecas grises y verdosas,
que alguna flor silvestre salpicaba de burlones carmesíes
o de hepáticos ambarinos amarillos,
su verdad de él sobre la muerte
de la vieja que todas las mañanas
echaba maíz a las gallinas,
allá por donde deja el camino la barranca
y crecen dos tamarindos gemelos y con sueño,
y después de preguntar, como Colás no contestaba,
en blando remolino se reunían murmurando, y se desperdigaban después,
en carrera excéntrica y veloz,
para iniciar una y otra vez el molesto y vegetal y pétreo acosamiento.

CAPITULO XIV

En el cual se cuenta lo que pensó y sintió Colás por el camino y cómo le tocó ser testigo del asesinato del vendedor de agujas y jabones.

Bajo la noche, abriéndose camino con nerviosa mano apresu-
[rada,
el viento, con sus finos, negros, metálicos cabellos tendidos so-
[bre la espalda dulce y bruñida de la tierra.

Se detuvo un momento en las nalgas redondas y puras de la
[loma,
en piedras en que asoma del cobre la lívida presencia,
y afiló sus lamentos, y el frío limpió sus dóciles cuchillos
mientras el cocuyo encendía sus pobres farolillos verdes,
y los lagartos lanzaban sus notas agudas, descompuestas,
hasta que el ritmo universal encaminó su música monótona
hacia una obertura que desde el principio del mundo está anun-
[ciando
una sinfonía en que el hombre tendrá que intervenir aunque no
[quiera.

Aquí, por donde Colás atravesaba,
la oscuridad es dos veces sombra:
la sombra de la noche, tamizada con hoja y con espina,
y la sombra de los desfiladeros que sumados hacen el camino
que raya el rápido insecto que enciende su fósforo difuso
y el carcají que en la boca de sus cuevas saca de su flauta una
[sola nota,
melancólica, breve y afilada.

Colás sentía que por los poros se empapaba
de la sombra pegajosa que surcaban él y la montura,
que se impregnaba de soledad, de pura soledad,
y poco a poco se supo navegando en aguas cuya sal bien cono-
[cía,
sobre olas y espumas que por su nombre le llamaban,
bajo alas de gaviotas blancas, cándidos albatros, albas tijere-
[tas imposibles.

Abandonado se tropezó consigo mismo,
el hombre —pensó— se desvirtúa
cuando da oído a los demás,
perdiendo en la actitud
todo lo que lleva bajo los huesos del cráneo como suyo.

La experiencia, y dejarse llevar por opiniones
que no se han cocido en nuestro pecho,
son formas seguras de negación de lo que somos,
de cuanto se ha perdido
detrás de ese afán de asociación que nos embarga

que hizo grande la ciudad
y a los ejércitos reunidos que la habrán de quemar de punta a
[punta.

Dios sólo recibe al hombre cuando se le acerca sin compaña,
cuando es más él porque va solo,
cuando no le adornan plumas de prestado,
ni le falta lo que tiene que dar en las ferias y en los trueques.

Acompañado se impregna el hombre de su compañía,
y ya no es él, es una cifra
de ese guarismo frío que se llama humanidad,
si no ¿por qué desde su luz Pablo de Tarso
me lo grita,
y Pedros y Santiagos, desde su luz,
me lo están negando?

Poned junto al sabio al que carece de avisos y de nervios,
y sucumbirá el sabio entre piedras y troncos y ladrillos.

Poned junto al valiente la cordura,
y el valiente entregará sus manos sumisas a la cuerda.

Solo se encontró con su pasión,
gota de agua que retorna a su mar,
a su cáliz entreabierto,
al lagrimal, a la triste mejilla,
a la boca que el dolor cierra y apaga.

Arriba las estrellas de oro titilando,
abajo el tenebroso río del camino hacia la mar,

largo y silencioso,
con orilla de árboles y piedras,
y Colás entre sus ondas
encontrando lo que fué y cuanto había perdido;
y Dios oyó sus gemidos y supo su secreto
y El le restauró la fe e hizo dulces los pavores de la noche,
y lo que agrieta el alma y la derrumba
se tornó limpia energía,
y árboles y piedras y la música que bajaba de los montes,
y el arroyo y el murciélago veloz,
y la lechuza de su rama prisionera,
y los vampiros que chupan la sangre de los niños
y sacan los ojos de los viejos,
fueron sus aliados.
Y el mundo quedóse sin misterio
y allí donde no ve nocturna ave,
él vió la verdad y el camino de lo justo blanquear,
intacta su pasión,
íntegras y eficaces sus teorías,
la inocencia florecer rosas seguras,
caer la maldad,
quitarse sus coronas las infamias,
y a pesar del agua y del jabón, imperturbables,
las manchas que el pecado deja en la mano pecadora.

Regoneta se anunciaba, a la distancia,
en el alarido del cornetín del tuerto aquel que toca en "El [Edén",
y otra vez en el silencio se encendía,

para desde el fondo de un vallejo
o en puerto alto que el camino logra,
volver a lucir las estridencias del lejano, cínico, cúpreo corne-
[tín.

Y las notas descosidas poco a poco se acercaban,
y él olvidó su cansancio,
y la bestia olvidaba sus fatigas
y él olvidaba su hambre
y la bestia buscaba su querencia.

Nadie tuvo que decirlo;
aquí empiezan arbustos de llanuras
y trazan su raya y su frontera,
seguros, sosegados, los que tienen jurada amistad con los pinos
[y cafetos;
aquí se inicia la tierra que del mar busca el murmullo,
la que alimenta la carne de las frutas que en la loma
es dura y desabrida, carente de perfumes;
junto al río es dulce la hoja del plátano y su fruto,
en la montaña se le llena el corazón de piedra;
las hortalizas, la cercanía del cielo elimina fibras y sabores,
abajo es mejor el azúcar de los mangos,
más limpia su color atolondrada,
más anchas las hojas y su sombra.

Y el pueblo le salió al encuentro
con sus cercas de alambre,
con empalizadas, cansadas y torcidas,
con sus árboles sin hojas cuajados de gallinas,
con sus abejas dormidas en rojos cajones enfilados.

DR. ENRIQUE DE MARCHENA DUJARRIC

Y con las cercas y los troncos podridos y las abejas olvidadas
la música de "El Edén": cornetín y extendidas pieles golpea-
[das,
y el frívolo clarinete que va sobre tacones muy delgados,
y el pobre bajo que sus anchos pies llevada desnudos;
y la risa a veces,
y también la química alegría
del que danza en la tierra
movido por los hilos
que manejan desde el fondo abismal de las botellas
los demonios del ron y la cerveza.

En la sombra levantó sus tablas cargadas de resina,
sus planchas de zinc acanalado,
su vientre pleno de camas estrechas y de vómitos,
y esa locura que se paga y que se cobra,
"El Edén"; cabaret lo titula el pueblo todo,
es un barracón con piso de áspero cemento,
junto a un patio lleno de sillas y de mesas,
al lado de unos músicos cansados que escupen en la tierra su
[desprecio.

Ocho puertas miran a la calle,
ocho manos que llaman al que pasa,
que deben sonreír y estánse serias todo el día.
La tercera empezando a contar de meridión,
estaba medio abierta;
Colás, ya cerca, lo notó:
era la puerta del cuarto de María,

Colás, y todo el pueblo, lo sabían,
y junto a ella apeóse del caballo.
Aquí, sintiendo cerca a los hombres y a sus debilidades,
su soledad era más completa,
y más grande su poder,
y más grande la luz de su talento
y mejores sus hechos y su fama.

Sobre la silla abandonó la rienda,
con paso torpe se acercó a la puerta,
y por razones de su oficio, policía,
metió dentro la cabeza sin anunciarse ni llamar siquiera.

Sus ojos, hechos a la oscuridad de los caminos,
vieron a las pálidas luces que del patio se llegaban
sobre la cama yacente una figura,
sobre la figura un cuchillo bajando hacia la muerte,
y una mano empujándolo segura:
la mano de Miguel el camarero.

Ronco estertor, se adivinaba el negro río de sangre hacia la al-
[mohada,
y el aire escaso,
los claveles de la vida deshojados,
rotos, por fin, los cristales de la vida,
secándose las fuentes,
cayendo lentamente las hojas del árbol de la vida,
acercándose la muerte con sus moscas audaces,
con su promesa de blancas flores y de lirios,

de doblar de campanas y de lágrimas y lutos;
y la mano que mató hurgaba los bolsillos
y encima de la mancha del delito
pusieron sus colores apagados
verdes billetes de banco,
sucios billetes de banco rosa salmón,
arrugados billetes colorados.

Colás quedóse solo con el muerto y con su asombro.
Desgranaba en el patio el cornetín
sus etéreas frutas llenas de ceniza,
y las risas y las voces insolentes
alzaban al cielo sus pecadoras, mojadas grandes flores rojas.
Colás cerró la puerta.
El corcel mordisqueaba los yerbajos.
Un viento sutil bajaba de las lomas.

El necesitaba borrar de sus recuerdos
lo que realidad misma le ofrecía.
Era menester armar el crimen
con recurso intelectual
para que justicia se cumpliera,
para que verdad se alzara pura,
sin tener que intervenir como un simple espectador,
como un testigo.
La vergüenza sus nervios estrujaba:
él, primero entre todos, policía,
no podía figurar como vulgar
testigo de ocasión,

y volvió a la silla,
y a sus negros pensamientos,
y ya no estuvo solo porque le cercaban
las trampas que los hechos le tendían
y que sus claros ojos apagaban
detrás de los indiferentes cristales de sus lentes.

CAPITULO XV

En el cual se describen las grandes lluvias que siguieron al crimen y lo que hizo la gente contra las prostitutas. Prisión de Colás.

Antes que el agua cerque con sus cristalinas cañas largas
los árboles, las casas, la montaña,
llega su olor, masculino y poderoso.

Después por oriente se encienden agitados
relámpagos de cremor, lívidos, distantes,
y la noche se agrieta y la sombra vuelve a ser más densa y apre-
[tada.
Cantaron los gallos compungidos,
y tronó allá, muy lejos, entre espinas y arenas y bajas nubes
[rotas.
Apresurados se atropellaron los truenos, negros y redondos,
por donde el río se abraza con la mar.
Insistieron, infelices, los gallos con su canto,
y el marido se abrazó a la espalda de la esposa
y los niños pequeños empezaron a llorar, y se callaron.

Los viejos lo dijeron:
tras los trajes rojos anda la muerte,
y el crimen y la enfermedad,
de las manos de las pecadoras
vendrán el agua incontenible
y terremotos y las dolencias del alma que no se curan nunca.

Redobló la lluvia, con dedos locos y entusiastas,
sobre los techos de paja y los de zinc
y los de tejas doradas por el fuego.
Lavó apresurada las hojas de los árboles:
las pequeñas, las que el viento mece dulcemente,
y las de palmas y lirios, cocoteros,
y la dulce cañavera cuyos pendones se rompían,
sin quejas, con lágrimas oscuras, en la tierra.

Los viejos lo dijeron:
el pecado, la nube de azufre que lo envuelve,
el rumor de cabras asustadas que lo envuelve,
llama a Lucifer y a su legión:
detrás del beso insano se elevan los tridentes,
junto al abrazo procaz
nacen espinas y trasgos y serpientes.
El que compra un alma la suya está vendiendo,
el que comercia con su cuerpo hace iguales
a cuantos participan en el triste festín.
Morded con ternura una garganta
y conspiraréis contra cosechas y ganados,
y tras la caricia vendrán los gusanos

y el granizo que Dios manda a sus hijos
para recordarles que el deber de reverencia
no acaba en la misa del domingo,
ni en la sal que el neófito rechaza,
ni en la unción que abre dulcemente
la puerta sin par del otro mundo.

Subió un vaho áspero y pesado,
de la montaña vino el viento,
crujían las ramas de los árboles,
los arroyos se hincharon
y el río olvidó sus dos orillas.
Las aguas sucias, con piedras y con tierras y con palos,
locas, sin freno, en los sembrados se lanzaron,
el maíz dobló su tallo fino, sollozando,
el frijol enterró sus manos en el suelo,
gimiendo y llorando,
y el remolino se llevó a la cabra,
y a la vaca paciente y asustada,
y la oveja baló tras su cordero
que las fieras aguas se tragaron.

Cobró voces el río, voces roncas,
que con el trueno se confunden,
voces proclamando que en celo están las aguas;
ha sonado la hora de ese feroz ayuntamiento
que dice del amor y de la muerte.
Reproducirse tiene goce y tiene pena
y el ser que vendrá pide sacrificio

y sangre y luto y estupor.
Las inundaciones son buenas a la larga
y llegan al mundo coronadas con las manos pálidas y finas
de la muerte y del amor, que son hermanos.

Crujieron los puentes y las tablas se arrancaron de sus clavos,
y el río empujando con el hombro destrozó cuanto quedaba:
una boca sin dientes que se abre,
una lengua de agua tenebrosa,
unas cañas que soportan la ignominia de ramas muertas y frías,
de perros muertos y de gris espuma sucia.

Desde la cárcel,
buscando un sitio seco entre la sombra,
Colás, ya sin revólver;
y María, la de ojos sin fin, indiferente,
y el yerno de la vieja,
que llora sin cansancio,
y su mujer y los niños que en la oscuridad persiguen las hor-
[migas.

Alguien lo dijo:
"Fué Colás, su caballo se detuvo
"frente a la puerta
"en donde hallaron al vendedor de jabones y de agujas dego-
[llado.

Y Colás terco callaba. El yerno de la vieja, monótonamente,
contaba una historia que todos se sabían:

su mujer en un rincón,
los niños por el suelo,
María dentro de su blanca nube indiferente.

Las viejas rezaban sus rosarios
y los hombres, con azada y con machete,
liberaban del agua los caminos,
los mil que ella caprichosa se trazaba.

Poned la pena de la muerte,
el pavor de la sangre derramada,
el humo sutil que de ella caliente se levanta,
junto a la tristeza de la lluvia que no acaba,
cerca del dolor del que ha perdido sus corderos y sus vacas y
[sus cabras,
y sabréis porque los hombres y mujeres
con los ojos encendidos y las manos alocadas
fueron a "El Edén" y a maldición y a denuesto y a pedradas
echaron las mujeres que sin comprender lo que ocurría
al monte se tiraron
para que las zarzas destrozaran agrios trajes colorados,
sus cabellos en orden maldecidos, sus bocas sucias de pecar,
por las abominaciones manchadas para siempre,
incapaces de oración,
incapaces de reír como Dios manda.

CAPITULO XVI

Colás se niega a declarar. Anhela rehacer el crimen por un medio científico.

Los árboles movían sus verdes
detrás de la gasa de hilos tercos de la lluvia:
el verde claro delante, al fondo el verde oscuro,
los intermediarios verdes, traviesos, palpitantes,
cambiando de lugar del brazo del agua por el camino del vien-
[to conducidos.

Hacia las raíces recónditas
el agua fina y grácil danzando placentera,
llenas de mineral las manos puras,
cargados los cabellos con un mensaje azul de oxígenos y cielos.
La lluvia hace grávida la tierra
y sus pasos que eran dulces y ligeros
se tornan torpes y pesados.
Debajo de cada árbol agita su vida delicada
un niño que no es niño todavía.
En cada charco la tierra alza miradas maternales,

y los arroyos que improvisan los torrentes
se adornan con risas infantiles.

Colás todo lo negaba, en su cabeza
pensamientos y teorías junto a su pasión se atrincheraron.
Hay un placer —él lo adivinaba— de amar a la justicia,
aunque lo justo a las manos se viniera con lo que ofrece rea-
[lidad.

"Si hay inocentes, aquí en mi corazón están guardados",
y sentía que lo justo era un guerrero con escudo
y lo inocente un niño que duerme en el brazo del escudo.

Estaba seguro de sí mismo:
torre de piedra con yedra y con rastrillo,
centinela sin sueño en las almenas,
golondrina sin sueño en las almenas,
campanas y fuegos que avisan a lo lejos,
y en un cuarto entre perros y lanzas y mazas y corpulentos sol-
[dados silenciosos,
detrás de cejas y bigote: el Capitán;
ojos de ascuas, corazón sin temblores en el pecho,
el Capitán Colás, lleno de cruces y medallas:
las trompetas derriban las montañas.

Las gotas de agua le sacan de su sueño
que debe rehacer, a cada instante,
alejándose del importuno lloro de los niños
y las quejas sin fin del yerno de la vieja
que abomina de su suerte, de su reuma y de sus callos
con la lluvia florecidos de molestias.

Junto a la torre de Colás,
piedras sobre piedras sustentadas,
la triste entrega confiada de María:
casa pequeña con el techo de paja y el piso de tierra,
casa que para defenderse sólo cuenta con su propia humildad,
con el silencio que crece en sus entrañas blandas,
con la tranquila soledad con que saluda al viajero que pasa
y ante su puerta el paso no detiene.

Y las gotas de agua deshacían,
al caer sobre Colás enfebrecido,
la casa de María y la torre de piedra
que guardaba al propio Colás transfigurado.

Y volvía la torre a levantarse,
a enterrar decidida sus cimientos,
a coronarse de fuerza y de justicia,
a dejar que sus ventanas dieran paso a la luz,
y tras la luz, con luz, que es ella misma,
entraba la verdad, íntegra y clara:
estaba allí en sitio de ladrones,
en donde remordimiento exprime al criminal
su lágrima primera,
no por culpa de la suerte ni decreto de lo alto,
sino por enemistad, con hechos y palabras bien probada,
del Segundo Comisario,
cuya cabeza anda peor que su intestino:
un bigote de mosca sobre el labio,
cuatro pies y unas pulgadas de estatura,

tragador impenitente de pócimas y píldoras y obleas,
estómago dañado desde hace largo tiempo,
repleto de agruras y dolores.

No bastan piedras ni nubes que besen a las piedras,
ni el foso es ancho ni seguro el puente levantado,
por el camino del pájaro, del humo, de los trinos,
vino Lucifer sin azufres ni presencia
y mató a los perros e hizo dormir al centinela
y destrozó el escudo y la coraza.
Al niño bebió la sangre dulcemente,
y las piedras de la torre se cayeron
quedando el páramo vacío,
lleno de un triste piar de golondrinas
que buscan el nido vanamente.
Cerca de las piedras rendidas, derrotadas,
las pajas de un techo que ya no cubre nada
y que un día cubrieron soledad.
Hoy la soledad sin sus fronteras
sobre el páramo creció como las yerbas
cuyas raíces se alimentan del trueno de las cumbres,
del granizo, de la brisa gris de los atardeceres.

Lo natural no es injusto nunca,
es el hombre quien tuerce los caminos,
el que pone las manchas de la sangre
en las manos inocentes,
quien en su ceguera prende al sano de corazón
y deja libre al coronado de maldades e infidencias.

Lo natural es justo, cuando el hombre
no tuvo que distinguir la verdad en la ocurrencia,
cuando todavía estaban
el árbitro y el juez en la mente de Dios acomodados
lo justo florecía como blanca rosa, pequeña, sosegada.

El hombre hizo lo bueno
y creó lo bueno su contrario,
hizo también lo justo, lo santo, lo acabado,
y las manos consagradas por la obra
hicieron la fealdad,
levantaron una estatua a la injusticia
y en la espalda peluda del demonio
pusieron dos alas de un murciélago gigante,
la lógica, las leyes, la razón.

CAPITULO XVII

En el cual se dice cómo Miguel, el asesino, cruzó el río crecido y se perdió para siempre.

Bajo la lluvia cada hombre cava un tunel,
en la blanda oscuridad con uñas rompe
las piedras y la monotonía
y siembra lilas azules y hongos blanquecinos.

Debajo de un dolor, cabe una pena,
el hombre también siembra simientes de esperanza,
y las riega con lágrimas y quejas
arrancándose del pecho oscuridades,
quitando de su voz espinas y ronqueras,
sangrando violetas por la herida del costado.

Entre cuatro paredes clausuradas
imaginación crea sus mundos y universos
y renacen los paisajes pequeños de la infancia,
los caminos olvidados de la infancia,
y lo que es ilusión puede tocarse con la mano,
lo que es sueño resistir los ojos bien abiertos,

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO

lo perdido aparecer, con sus nubes y sus flores,
y el tronco muerto, lleno de hormigas y de polvo,
echar ramas potentes, pájaros y nidos
y canciones tristes por la tarde.

En tres días cuajaron sus flores los abrojos,
y sus pequeñas voces amarillas
lloraron la muerte del sol, que no salía;
nacieron campánulas y lirios
y sumaron sus azules y sus blancos
al clamor dorado y penitente del abrojo.

Una mañana, sin sol, con humo en la cocina,
humo que lleva de resinas la fragancia intacta todavía,
que dice del pino la canción deshilachada
y del guayacán los profundos oratorios,
una mañana Miguel abandonó sábanas que el remordimiento
[espinó con sus terrores,
y fué hacia el río, por el camino de las cabras
que hacen de las piedras escalones,
y del arbusto que a su vera crece, ahora inútil, destrozado qui-
[tasol.

Arriba los árboles grandes, impúdicos,
mostrando las raíces lavadas por la lluvia,
sin tierra: se la quitó con halagos el torrente;
después la barranca con sus peñones ateridos,
los arbustos sin hojas,
la arena gris y solitaria, por fin desamparada;

y en lo hondo, adivinándose en la niebla,
la ocre voz del río revuelto,
las mil voces guturales de las aguas,
el unísono estallido de espumas y de cañas,
los lamentos solemnes, poderosos,
de las tierras que se rinden y se entregan.

Miguel, el asesino, sintió que el lodo detenía
sus temblorosos inseguros pies,
que las ramas del árbol caídas en la senda
le querían detener, aprisionarle,
recrear con sus hojas, lánguidas y frías,
el mundo de monstruos pegajosos
que llenó de pesadillas cada noche,
después de lo pasado.
Y eran hojas enormes, con ventosas,
con bocas llenas de saliva espesa y urticante,
y ramas que en serpientes se tornaban,
cubiertas de viscosa escama fría,
de ojos innúmeros de sucia luz bañados,
y de sangre que el aire no coagula,
de lágrimas cuya agua no abandona
de la sal el cristal estremecido.

Un río crecido no es un río,
es un millón de monstruos que se arrastran.
el asqueroso vientre pegado de la tierra,
hacia la mar a tragar algas y peces,
devoradores de piedras y de cabras,
un millón de resbalosos lomos,

manada de furiosas bestias ciegas
en cuyas grupas clava su aguijón,
un demonio de barro y albahaca.

Solo con su miedo,
solo, con su carga de terror,
volvió la espalda al río
recordando que cuando hombres y caballos
con la corriente no se atreven
Joaquina Valdés rompe las ondas
con su pecho de mujer;
en el fondo, como raíz, clava sus pies,
e insulta al río
y la boca se llena de indecencias
y con su bronca voz calma las aguas que abren camino a su
[instinto poderoso.

Joaquina Valdez, Caronte que saca del Infierno,
cobró la travesía
y el dinero metió bajo una piedra.

Le tomó de la mano como a un niño:
el agua de la orilla besaba sus pies,
con ingenua caricia sonrojada,
con caricia avergonzada de perro pequeño y asustado;
después el agua se abrazó a sus corvas
y muslo arriba tendió su enredadera,
mordió sus plantas el filo de las piedras,
y voces oscuras de las ondas se elevaron,

y oliendo la sangre derramada
en torno de los dos abrió su abismo
y sus bocas llenas de tierra,
y empujaba con potentes manos resbalosas,
y el agua, muslo arriba, con su frialdad y su barro desleído,
les mordió el sexo y el vientre y el ombligo.

Tanto peligro hay atrás como adelante,
si es de arena el fondo, el agua los arrastra;
si el cauce se cubre de piedras y durezas,
los pies destroza complacido;
aquí se abre un remolino,
allá se alzan penachos que señalan
que abajo una piedra se defiende,
y el agua, sin seguir su carrera temeraria,
se detiene, los empuja, los rodea,
y Joaquina Valdez firme la cabeza,
ve como Miguel se le deshace,
sin fuerzas, anémicos los labios,
y con el dorso de la mano diestra,
con furia, con saña, queriendo matar,
en la cara le pega procurando
convertir en hombre a un niño grande horrorizado.
Es un fardo sin vida,
ser sin voluntad carente de esperanza,
entregado a su suerte y a sus brazos,
que recibe castigo como bestia,
sin honra y sin orgullo.

Paso entre paso, Joaquina va adelante,
seducidas las aguas,
menos áspero el camino,
casi sin piedra cortadora,
más firme la arena,
menos larga la distancia
que el pecho oprime si se mide.

Pasó Miguel. Horas y horas contempló sus pies y sus manos
[arrugadas.
Una senda le sacó de la barranca,
otra le llevó, bajo la lluvia,
junto al mar que mima cocoteros.

¿En dónde encontrarle, si queremos?
¿Dónde están sus manos pecadoras?
¿Qué aires velan su cabeza atormentada?

CAPITULO XVIII

El yerno de la vieja confiesa su crimen. Colás es puesto en libertad. La situación que le favoreció.

El nido tibio, dejaron las palomas
abandonando el grano que arroja la mano jubilosa,
y regresaron sin ramo verde y sin noticia,
pero la lluvia cesó. Cielos lavados,
los brotes rompiendo las cortezas,
las abejas laboriosas,
las campánulas doblando frívolas, sus talles, al paso del viento
[caprichoso,
las yerbas aliñando sus brazos y sus piernas;
y un sordo rumor de vida oscura,
de vida que se alza del centro mismo de la Tierra,
del fuego, del agua y de la tierra,
elaborando mieles y perfumes y venenos y colores.

De Miguel nadie sabrá jamás el rumbo cierto:
ni el caracol que reúne del mar roncos rumores,
ni el uvero de redondas hojas duras
que abanican su torso gentil solemne y poderoso,

ni la ola del mar que murmura secretos de tritones y naufra-
[gios,
ni la veleidosa arena que a la onda va entregando sus caricias
y a la onda engaña entre su espuma.

La noche está llena de caminos y de túneles,
el día, de caminos y espejismos;
al atardecer no hay sendas, ni estrellas,
ni luz que nos engañe;
el perfume nos conduce hacia estatuas de sal,
hacia ídolos de barro precavido,
hacia piedras con señales,
hacia grutas con humo y con lamento,
hacia la oquedad que engendra el eco,
y el hombre siente que la mano que le guía
en sus manos se deshace como brisa que de pronto se detiene.

Buscad la flor en la mañana,
acompañados de sol y pajarillos;
por la noche es mejor buscar fruta madura,
con séquito de sombras y fantasmas;
se ha de ir calladamente:
los pies descalzos, los ojos entreabiertos,
porque el bien del hombre está en sí mismo,
el sabor de las cosas en su paladar,
la música duerme en sus oídos,
el perfume anida en su nariz;
sólo se pide evocación, madura sugerencia,
la gracia y la sal de todo arte:

el mundo Dios lo creó para evocar y sugerir,
evocar cuanto pasó, todo lo muerto,
en nuestro corazón reverdeciendo siempre;
sugerir lo que está esperando del otro lado del presente,
en nuestro corazón aguardando sus formas y colores.

Somos la sombra probable, casi definida,
de lo que seremos cualesquiera de los días de mañana;
somos, con seguridad de piedra grande,
restos de todo lo que fuimos,
de nuestros amores, odios, disputas e ilusiones,
y en esta cruz del tiempo, clavados y contritos,
una mano nos alumbra el sol que muere,
la otra se hunde en la precipitada sombra
que como fiera nos busca la garganta.

Entre luz y oscuridad no hay línea divisoria,
es un río de matices con peces y con ramas,
un agua limpia que se ensucia no sabemos dónde,
una voz que poco a poco va sus vibraciones acabando,
y entre verdad y la mentira
se tiende un mar de azules infinitos
que crecen y se mueren bajo los barcos silenciosos,
cuando pasa una nube apresurada,
cuando los pájaros olvidan
los rumbos que conducen a sus piedras y a sus algas.

La duda es camino de certeza,
los seguros de sí pecan contra Dios,

contra la humana condición conspiran,
la duda es siempre recia flor del alma cuando es sana,
es ver los dos caminos,
sentir el frío y la calor,
distinguir los colores que matizan la existencia,
estar seguro de que en el mismo pecho caben
lo peor y lo mejor
sin los rostros arañarse;
que al bien y al mal no les dividen
alzados muros pétreos.

A Colás no visitó la duda bendecida,
ni los seres que cambian nuestras decisiones,
ni el temor que borra los senderos,
ni esas hijas de la imaginación
que suplantan la verdad
o mueven con maña las fichas del tablero.

El estaba cierto de su verdad
y cuando al juez el yerno de la vieja
confesó su crimen y su miedo,
él dijo para sí: "los débiles prefieren
"entregarse a una certeza
"que vivir tropezando con la carga de inocencia
"que no pueden demostrar. La tortura
"de esperar a que llegue la justicia,
"en un mundo vertiginoso para cosas materiales,
"la inventaron demonios y letrados,
"y se conoce por el olor de azufre que despide,

"por la fórmula de códigos penales,
"porque a la sombra de los procedimientos, ritos, latinajos,
"rumia un cabrón con rosas
"y estandartes y libros coronado.

De la cárcel le sacaron por razones que todos reverencian, y
[sonríen:
el Estado, un dios con mil cabezas
y un estómago que todo lo digiere,
no las pasaba muy bien, según se murmuraba,
y sin escoger entre inocentes y culpables,
cuando alguna confusión se levantaba,
echaba los presos a la calle:
así se sacudía la obligación de alimentarlos,
ahorrando tinta y monedas y papeles y procesos.

Dadle al hombre prisión y dadle libertad,
poned en sus tobillos hierros machacados y dolor y oscuridad,
o poned sobre sus hombros alas e ilusiones,
y el hombre seguirá idéntico por siempre,
el pecador tras el dulce pecado deleitoso,
el santo con sus espinas y su hambre y su oración,
el sabio tras la verdad agonizando,
el justo buscando en su entraña dolorida
la luz que a la justicia lleve,
el poeta con su palabra sopesada
y con el ritmo que imprime a la palabra,
buscará lo que es bello, lo que es santo, lo que es justo,
mirándose en la fuente de Narciso,

oyendo la copia que de su voz le ofrece la montaña,
sabiendo que el viento lleva polen
porque ama la vida, sus colores,
sus dulces engaños perfumados.

CAPITULO XIX

Aquí se cuenta el viaje de Colás a la Capital, y la horrible impresión que recibió. Colás pierde su soledad y encuentra otra soledad, no de su gusto.

Debajo de los ríos
raíces y serpientes blancas beben.
Bebe la tierra que se ofrece por mil caminos genitales
entregándose en la soluble roca blanda,
en la fina arena de sílice inmutable,
adorando en el agua pura y limpia
el agua del glaciar aprisionada,
la que el granizo redondea,
la de geométrico capricho en la nevada,
añorando los días ya lejanos
en que con agua y viento y sol y reptiles y bosques que caían
dejó de ser inmensa gota núbil
o reseca cáscara sometida a durezas sin fin y sin principio.

Debajo de los ríos
raíces y serpientes blancas beben,

bebe la tierra y el sol y los pájaros y los niños que no van a las
[escuelas,
bebe el arriero entre canción y canción,
y la acémila detiene su triste paso corto y bebe,
y bebe la boyada con la boca y con los ojos, dulcemente,
y la araña por capilaridad saltando cada onda
bebe, y en la hoja que pasa levanta su blanca tienda de cristal
[opaco.

Domados los ríos
se tornaron fáciles y pulcros,
y con tablas, troncos, clavos y cantares
hicieron puentes que saltaron sus corrientes,
tímidos puentes de infantil factura,
de esos que se sueña por la tarde,
en esas tardes que nos hallan acabando
la diaria corta ración de pena y alegría.

Si tenéis una pasión, echadle leños y mentiras,
que entre el aire a vivificar su roja llama indispensable:
vida sin pasión carece de sentido,
el asceta hambrea el cuerpo para que el hambre le prepare
no los huesos y pellejos en que acaba la experiencia
sino el camino de satisfacción profunda;
y el hambre sexual llena el Universo
de delicadas dulces redondeces,
y doquiera el signo contrario manifieste
sus manos o su voz o su perfume,
imaginación levantará mundos con neblina,

rincones con un calor que sólo da el aliento,
tersura que sólo tienen las mejillas y los vientres,
sal que sólo pasa a nuestra sal
por el sendero tibio de frenética saliva deseada.

El geólogo, con lupas, morrales y teorías
persigue de la tierra los estratos;
el médico síntomas y sumas de síntomas confusos;
luces el pintor, palabras el poeta,
el arquitecto columnas y espacios seducidos,
un sello de correos, el asa de los cántaros, antiguos,
arcabuces retorcidos,
marfiles, tapices, libros; el policía
huella y presunción, lo que dice la lógica,
cuanto recomienda el examen atento de costumbres,
el hábito normal y los usos que se tuercen
en la mente retorcida, sin explicación,
de aquellos que contra sociedad fincan su esfuerzo,
y quitan al niño sus juguetes,
y al mayor la bolsa bien guardada,
o la vida que da Dios a sus criaturas.

Colás, nieto de perros que incansables persiguieron
al temeroso esclavo fugitivo,
entre breñas y leyes asediado;
sobrino, no se sabe por cuál línea implacable,
de recaudadores que exprimían oros y sosiegos,
sintió en su pecho arder el fuego de su raza,
y tras la huella probable de Miguel, el asesino,

lanzó sus pies seguros y su mente,
hacia la Capital,
cumbre y abismo que atraen al que obra mal
y a todos los que por hacerlo bien
no caben en los estrechos moldes pueblerinos.

En la ciudad se tropezó con la cara indiferente del gendarme,
con los altos rimeros de papel
con que el juez deshumaniza los procesos.
Su pasión no encontró pasión hermana.
El alguacil con sus fórmulas estrictas y sus plazos.
Puños cerrados, palabras mal sonantes,
y una maquinaria fría por debajo.
La mano en la visera de la gorra, saludando,
brillantes los botones de dorado metal,
bajo la guerrera impávido el corazón,
ni una pasión ni exaltado cientifismo,
todo por canal preconcebido,
todo en el papel, todo en la regla,
los nervios apagados,
anémica arquitectura de orden e instrucción,
lejos, en fin,
del sabueso totémico primero,
entregados al tabú,
sorbiendo el delicado veneno de rutina,
aguardando la jubilación y los ascensos.

En medio del tráfago y del ruido,
Colás estaba solo,

su soledad llena de raíces adventicias,
de ramas con flores cuyo nombre no sabemos,
entre cemento y hierro abandonadas;
el aire lleno de femeninas sombrillas confidentes,
cuya multicolor cabeza de hongo balancea
la multitud, idéntica y distinta,
que pasa y vuelve a pasar disímil y la misma;
soledad zebrada de metálicos alambres paralelos,
herida por el que llora de dolor inconfesable,
lastimada de pájaros en jaulas con alpiste,
y agua limpia y un cielo que encuadra la ventana;
soledad que horadan ojos que no nos ven,
bocas precisas que no nos dicen nada,
manos cuyos dedos no se ordenan en ademán de despedida,
orejas en que duerme un caracol
que no despertarán ni risas ni lamentos;
árbol a cuya sombra ninguna yerba crece,
soledad de Caín, llena de ojos y reproches,
plena de hombros y de esquinas,
de manteles blancos y moscas y rosas que se mueren,
lo mismo que ayer, en idéntico aire,
en imperturbable limpio vaso,
junto al palillero y al estallido rojo engañoso del ají,
bajo la falda que oprime los tobillos,
de la hipócrita cándida cebolla,
en vinagre turbio prisioneros.

Soledad de no hallar ni un adiós ni una sonrisa,
soledad de ventanas con luz y sin amigos,

de puertas enrejadas sin macetas,
de espaldas que entran a la luz y que luz disuelve poco a poco,
soledad con las piedras prisioneras,
soledad con las aguas en los grifos,
soledad con el aire mecánicamente removido,
soledad sin nubes,
cuadriculada entre calles con aceras y zapatos
y pierna y calcetín y falda y pantalón,
presa entre cinturones, blusas y gabanes,
cuellos resueltos hacia arriba,
caras de cartón o en ridícula cera moldeadas,
y cabellos al aire, un aire lleno,
de polvo y soledad y microbios y bacterias,
soledad que aprieta el pecho y enferma y esclaviza,
soledad de estar acompañado.

Colás buscándose a sí mismo buscaba soledad,
una soledad llena de montañas y verdes conocidos,
esa soledad que nos entrega al mundo,
con sus palmeras y sus nubes y su cielo.
Soledad que sin oprimirnos nos achica y nos entierra
y nos hace germinar, echar raíces y ramas y luceros
y nos rodea de duendes y de fuentes y jazmines
y nos entrega la llave siempre húmeda del sueño
y una tijera de oro y papel de mil colores.

Soledad que se colma de ausencias y futuro,
tierra que alimenta nuestra muerte aclarando su voz,
llena de metálicas urgencias.

Los que van a morir están presentes en esta soledad,
los fallecidos están presentes también en esta soledad.
Soledad de recuerdos y fantasmas y promesas,
soledad con sombras de lo olvidado para siempre
y seres y ocurrencias que lo porvenir guarda discreto y silen-
[cioso.
Soledad plena de Dios y de nosotros mismos.

CAPITULO XX

En donde se puede llegar a la conclusión de que es inútil la búsqueda de Miguel. Teoría de que el mundo, íntegro, está en uno mismo.

Lo buscó a la hora en que el sol saca espumas del asfalto,
en el momento en que regresa el velador, al cuello la toalla,
[detenido el reloj;
en el muelle a la hora en que la ría se viste de nácar y rosado,
detrás de las campanas que llaman a oración,
entre los hombres que compran y que venden,
con Mercurio en la sangre y en la boca una sonrisa;
por las calles llenas de sombreros,
por los parques con niños y con sombras,
junto a la fuente que hila su chorro delicado.
Si el agua cae estrepitosamente
en su voz están las voces de las novias que se guardan defini-
[tivamente en el olvido,
el ronco clamor del enemigo,
el silbo que sale buscándonos, del bosque,
la risa frenética y la suave risa tras los hilos del pañuelo.
Si el agua cae estrepitosamente

en su rumor se encierra un mundo de músicas y ruidos,
la palabra mesurada de los viejos,
la palabra inagotable del que amamos,
flautas, violines, y el espasmódico trombón,
la cuerda tensa dulcemente herida,
la percutida piel, los cobres, la plata del flautín.

Lo buscó fuera de sí inútilmente.
Nada existe fuera de nosotros:
la música al oído se encamina,
allí organiza sus pianos y orquestas y preludios;
el gusto va a la lengua despertando en las papilas
cada sensación y sus matices;
el paisaje no está, somos nosotros
los que damos lugar al árbol y a la nube,
al río, al helecho, al pescador y al mar;
inventamos la sonrisa ajena
y nuestros dedos fruncen los ceños de los otros;
los demás se mueven porque así uno lo quiere;
nuestros dedos, los fuertes hilos que van de nuestros dedos a
[otros,
mueven la humanidad, al barredor y al pendolista,
al orador sagrado, al hampón, al niño que caza mariposas;
cuando queremos a nosotros mismos nos amamos,
en el abrazo abarcamos la otra mitad del yo,
hermosa, deseada, transitoria,
y en los ayuntamientos recuperamos
la perdida mitad por siempre ansiada,
y al engendrar pasamos derechos y deberes

a nosotros mismos,
al complemento con faldas que Dios nos pone en el camino;
al besar una boca besamos nuestra boca.

Colás lo presentía,
Miguel no salió de sus manos sino de su pecho,
no se perdió por los caminos del mundo,
extraviado lo sabía
en su corazón.
Si se pierde la ilusión, todo se hunde,
es como cerrar los ojos y tapiar el oído, y borrar los nervios
[de la piel.
La brújula no lleva a parte alguna,
es la fe del capitán lo que nos guía.
El plan no gana la batalla,
es la fe del general, su paso decidido,
el tintineo de medallas sobre el pecho,
lo que decide la batalla.
No es la ciencia del médico que salva,
lo que reta y espanta a la muerte aguardadora,
es su fe y la fe de los que sufren.

Lo buscó en los barrios
en que la noche se eriza de promesas
que hay que pagar,
junto a las puertas de luces amarillas
en que el hombre pierde una dimensión:
lívidas máscaras, una corbata que cuelga;
los pantalones, las punteras del zapato;

si de espaldas, el ala del sombrero,
la ajada americana, los talones.

Lo buscó bajo papeles
que el viento arrastra por las calles,
encima de los techos que el viento tristemente limpia.

Lo buscó en las bodegas de los barcos,
en los patios de las casas vacías,
en el camión que resopla acongojado,
en los hoteles grandes
con su aire florecido de absurdos insinuantes sombreros fe-
[meninos;
en las fonduchas
con sus criadas sucias y cansadas;
en el velorio y el bautizo,
en la puerta de la iglesia,
en donde el hombre juega su pan y el de los suyos.

Lloró en silencio, le creció la barba,
las manos le temblaban.
Su noche se llenó de pesadillas;
vió su pueblo en burla levantado,
oyó risas e insultos y preguntas;
la hermana vió con la boca colmada de reproches,
y desde sus libros los técnicos reían;
sargentos y cabos y maestros,
mostrando regocijadas dentaduras completas o incompletas,
de su misión, tremendos, se reían.

CAPITULO XXI

En el cual se dice cómo le tocó a Colás presenciar un robo y el temor que sufrió de ser testigo. Colás se echa una mirada por dentro.

Los cuartos de hotel
se cargan de silencio y de penumbra,
moscas amaestradas,
toallas con lágrimas de ausentes,
y todo es tan viejo que sabe a Arca de Noé.

Colás, buzo tras los cristales de sus lentes,
entraba a su cámara tranquila
y la llenaba de recuerdos, temor y desespero.
Sobre las sábanas que acartona el almidón,
olorosas a humedad y encerramiento,
recreaba el pueblo con sus ríos,
las recuas de mulos, el zumbido del mercado,
las madres con los hijos detrás lloriqueando.
Imaginaba el domingo y sus estrenos,
los lazos, azules y rosados de las niñas,
el zapato, amarillo y chillón de los compadres,

el gasto desusado de los polvos de arroz,
la invitación humilde a los rústicos manjares y al café,
las sonrisas lavadas,
el saludo nervioso del que lleva por primera vez sombrero fino,
los que rehusan los asientos
por respeto al filo agudo del pantalón planchado.

Hiel en esa calma espesa del domingo urbano:
callado el silbato de los policías,
bostezos, el periódico grande,
los pisos fregados,
más sola que nunca repugnante soledad.

Todas las puertas se cerraron
y la tierra se tragó hombres, niños y mujeres;
cerraron sus pétalos las flores
y el fino tallo en que se sustentaban
perdió su poder, y las flores miraron tristes la tierra barrida,
[abandonada.

Los camareros, servilleta al brazo, bostezando;
el cochero durmiendo en el pescante;
el chofer con el pecho en el timón y los sueños en la luna;
limpia la criada, el viento detenido,
los pájaros callados.

Colás, buzo tras los cristales de sus lentes,
sombra atormentada
entre los restos del naufragio semanal,

navegando entre las casas, las calles,
los fantasmas submarinos.

Abrid del hombre el pecho y encontraréis, el domingo,
entre la misa temprana y las últimas luces de la tarde,
un mundo bajo neumática campana,
un silencio de laboratorio,
ruinas de maldecida ciudad,
escombros pobres sin estirpes ni murallas,
sin piedra ilustre, sin arco venerado,
sin arenas con leyenda,
sin estatuas ni poetas.

Las ruinas viejas, doradas por siglos, crónicas y escudos,
es respeto intelectual lo que producen:
imaginación va de la mano conducida.
La ruina del hogar en se come cada día,
el derrumbe de la cama en que dormimos,
los insectos comiéndose los libros,
tierra contra el rosal,
pozo abandonado,
hierros retorcidos de motores,
los cristales destrozados,
los empañetes ya caídos,
eso sí da dolor, dolor profundo,
somos parte del mundo que se hunde;
marineros del barco que naufraga,
humo del fuego que todo lo calcina,
piel de las manos que deben imprimir el rumbo cierto,
y que sin rumbo, sin vigor, sin entusiasmo, ya fenecen.

En la ciudad lléname de lunes la semana
o de martes, de presuroso sábado alocado,
borrad el rojo nostálgico domingo,
el domingo es de Dios y Dios está enojado,
y con su paz y su silencio nos recuerda
que la muerte ronda nuestros pasos,
que detrás de la risa crece el llanto,
que encima de salud medran dolencias,
que al árbol poderoso vence humilde catarrón,
que la gloria del cargo es transitoria,
que grandes y pequeños sufren amenaza
de validos y privados de palacio,
de mano fina y delicada
que siempre da el empujón definitivo.

Y en ese mundo, viscoso,
que se mira a través de un cristal esmerilado,
en las narices de Colás,
un robo cometieron.

El todo lo vió, horrorizado:
a la muchacha abriendo la gaveta
y a la gaveta entregando su tesoro,
a dos puertas de la suya, en el silencio espeso
que la siesta aglutina y hace más espeso todavía.

Y volvió a su almohada,
y al terror sin salida de la duda
y al hecho hosco, inflexible,

que rudamente se negaba
a entrar por el camino de la ciencia policiaca:
armado, por fin, rompecabezas.

¿Cómo deshacer sus partes
para armarlas de nuevo sin tropiezo?
Se precipitó en locuras
recordando que la música mejor es de los sordos,
que el recuerdo, mojado de nostalgia,
crece decidido cuando lejos está lo recordado,
que el paisaje embota al pintor,
que a realidad sobran pormenores,
que Homero y Milton no tuvieron ojos con qué ver
y levantaron mundos respetados por los años,
o infierno y cielo presentes en el hombre,
por los siglos de los siglos,
y en su alma cayó la duda oscura,
la que conspirando va contra uno mismo,
la que nos hala hacia el suicidio,
la que hace negar al hijo y al hermano,
la que amarga el agua de la fuente,
la que llena de espinas los abrazos,
la que torna ceniza los manjares,
que colma de gusanos las bocas adoradas,
y en donde estuvo hogar: tierra desolada.

No era carencia, era sobra lo que padecía,
era el dato de los ojos lo que le estorbaba,
ojos que a torcidas le informaban del mundo circundante,

que de lo contingente le ofrecían pétrea, monolítica noticia,
imperturbable al halago de analisis y lógica.

Se es feliz cuando realidad adula a los instintos,
y nace la canción tras el perfume,
y nace la canción con los manjares,
y el cuerpo se crece en flores y sonrisas
si la mano estrecha la mano del amigo o del amante,
si la brisa pulsa el pino o si hace vibrar dulces campanas,
mas, si sentimos los instintos traicionados,
si trata de engañarlos realidad,
caemos en prisión de áspera sombra,
que de fuego la atmósfera se inunda,
que somos y no somos,
que se han borrado todos los caminos,
que hay que gritar destrozando garganta y corazón,
que hemos perdido,
de una vez y para siempre,
el hueco nuestro que en el aire había.

CAPITULO XXII

Colás, avergonzado, se vacía los ojos.

Al hombre lo perdió su afán de dominar la tierra,
de amarrar el río a la turbina,
de soñar con las olas del mar
moviendo sus dínamos y ruedas,
de extraer del seno negro de la nube, y domarlo,
al limpio rayo, y de manos del cobre
entre la sonrisa espesa del aceite de los transformadores,
designarle amigo del niño y de la vieja;
asir el viento a las veletas,
el mineral a la retorta,
al curioso crisol, a la vacía ampolleta entusiasmada.

Mientras caminó tras los rebaños
y con sus manos dió de comer a las ovejas,
y cosechó, cantando, el trigo
y la vid de zumo jubiloso,
y pescó con redes en los ríos,
y riendo subió al árbol y le arrancó sus frutas,
y dió a Dios lo que era suyo, en sacrificio,

y se sintió hijo de la tierra,
hermano del fuego que consume
y del aire que vivifica los sembrados,
y hermano también del agua y de su canto,
seguro anduvo entre muerte y nacimiento,
viendo limpio su destino en la entraña de las aves,
adivinando claro su camino por la forma de las nubes.

Y miró sus redaños, su sangre satisfecha,
y vió que lo perdía su sed de ciencia y de saber,
que su razón va en contra de su instinto,
que el conocimiento es piedra que lo hunde,
que han subdividido todos los instintos
y no les dejan ser lo que ayer fueron.

Sobra al hombre saber, informaciones,
noticias concretas de los actos y los hechos,
reflejos fieles del mundo circundante,
que el misterio se acabó,
que sobre el mundo no hay fantasmas,
que lo impalpable es físico y desnudo,
y de sí no sabe nada,
ni dónde se comienza ni en qué punto se acaba,
por qué envejecen al par ánima y cuerpo,
por qué el hueso y la carne y los humores
cuando en retirada van luchando
arrugan el espíritu y las ansias,
se apaga la pasión
y la codicia echa sus hongos inmundos y malsanos.

Gobernarlo todo, el árbol y la tierra en que el árbol se sustenta,
el agua y la luz que en el agua multiplica sus colores,
el viento y la canción que el viento nos ofrece,
el dulce fuego de lengua tenaz
y todo lo que el fuego nos transforma.

Y no parar ni ante mujer ni ante sus hijos,
querer reducir a símbolos sus vidas,
a miserables números helados,
a guarismos sin sangre, sin nervios y sin Dios,
y es que al hombre sobran datos y consignas,
noticias claras del universo que lo nutre y lo recrea:
el asceta, camino de perfección,
niega la carne y el placer intelectual,
niega la ciencia y rechaza los halagos,
las llamadas, músicas, colores y palabras;
retornando a su centro y a su sino,
volviendo a su raíz, que nunca muere,
cierra sus ojos, el tacto apaga,
en sombra hunde olores y sabores,
y así, como Dios, sin tentaciones
se hace mayor que la montaña,
más fuerte que los grandes ríos,
más persistente y sencillo que la mar.

El arte es resta,
quitar lo que sobra a la Natura,
distinguir entre lo creado y la nueva creación,
engendrar hijos con una puesta de sol,

crear lagos y árboles y cerros,
con un simple beso de mujer,
hacer de los rumores de los bosques
la mano que da paz a nuestras sienes,
y de la luz de las estrellas,
estatuas de piedra, ángeles de bronce, palomas de marfil

Ser no es añadir,
es quitar con mano firme la zarza del camino,
que está en cada corazón alimentada;
ser es arrancar todo lo que estorba en nuestro mundo,
que en cada quien tiene su asiento;
lo perfecto no es de complejos universos,
es lo sencillo trivial con rosas y armonía,
la piedra quieta, el hombre justo y verdadero,
el que retorna a la inacción lleno de virtudes,
el que viene a la quietud
después que tempestad se aplaca;
el que acaricia la cabeza de los niños
y sonríe, distante, a los mayores.
los que no rezan
y Dios les aguarda confiado.

Al manco no les des bueyes ni mulas,
ni al indiferente bajel,
haz tus generales allí donde ambición ponga sus huevos,
tonsura sacerdotes en la nerviosa casta
de los que creen que Libro y Rito todo encierran,
que recoja tus dineros el avaro

y tus cosechas y tus flores y tus hijos
el que busca de molicie el dulce lecho.

Colás así decía
y comprendió que su mal era sobranza,
que con largueza Dios le dotó,
y el mundo se vengaba en el exceso.

Examinando su vida y sus percances,
con mano recta y corazón regocijado,
vió en sus sentidos su sino traicionado,
en cuanto el mundo le ponía delante
señal de la presencia del Malvado,
y comido de insomnio,
sin la satisfacción que el hombre va pidiendo,
renegó de sus manos y su lengua,
de su torpe nariz,
de los ojos con que vió los crímenes resueltos,
ojos por donde entró artera la verdad completa,
ojos que todo lo dijeron y nada se callaron,
ojos que no dejan funcionar la inteligencia,
que entregaron, perfectos, secreto y realidad,
ojos que ofrecieron, íntegras e intactas,
las nuevas de un mundo que negaba al hombre intervención,
intervención de sus poderes y energías.

Colás, sonriendo, caminando con ese paso que aleja de la tierra,
se fué al espejo y allí se encontró seguro y firme,
como el primer hombre en la primer mañana mirándose en
[la fuente,

y con mano sin temblor
—honrada mano por el trabajo endurecida—
con la navaja se vació los ojos.

CAPITULO XXIII

Con el que acaba la historia y en el cual se asegura que Colás, ciego, alcanzó fama y nombradía y que vivió largos años que acabaron cuando la muerte, apiadada, vino por él.

Aquí acaba la historia y comienza la leyenda:
los grandes no acaban en sí mismos:
del hecho comprobado, del exacto pormenor,
saltan a la colectiva idolatría,
a la veneración de todos los que alientan esas ganas de levantar
[a los demás,
ese empeño de empujar hacia lo alto a los iguales,
ese afán en deificar al semejante:
quien levanta lo suyo levantando está su ánima y su sino.

En Cristo vemos más que el Verbo que en carne se tornó
la crucificada carne hecha substancia de Dios,
la frente herida y el costado abierto,
manando Divina Sangre de Dios
al hombre humilde, que ahora se le llama de la calle,
jinete en asno bajo palmas,
navegando sobre ondas, bajo el cielo,

al hombre, en fin, transfigurado,
flecha hacia arriba, a lo sublime encaminada.

Colás volvió a la tierra,
y echó raíz y entre sus libros, sonámbulo,
creció renovada su pasión,
y oyó las quejas y supo de delitos
y mientras sus dedos tejían sombreros de la palma fina,
aconsejó señalando inocentes y culpables,
y su fama llegó al fondo de los valles,
a la montaña alta, a la rumorosa orilla de la mar.

Con dulce egoísmo maternal,
sabiéndolo más suyo que de antes,
la hermana le enseñó a tejer,
le leyó periódicos y libros:
sus policiacos libros predilectos,
que él todas las mañanas,
como revisa el capitán a sus soldados,
acariciaba, temblando, por el lomo.

La viuda de crespones largos,
el huérfano con la herencia amenazada,
el hermano con sed de venganza y sin caminos,
el injuriado, el que lastiman injusticias y pecado,
llevaban a Colás sus penas e ilusiones
y Colás daba algo que iba ganando poco a poco:
paz interior, seguridad sobre la tierra,
confianza en Dios y en el mañana.

Largo en el preguntar,
buscaba a tientas de la verdad el rumbo cierto,
y se quedaba solo con sí mismo,
mientras con ritmo siempre igual,
tejiendo y tejiendo, aguardaba que se hiciera luz en su con-
[ciencia,
y en esa luz adivinaba al crinimal, al astuto ladrón,
al pecador que se escondía.

Libertad sin justicia
es anarquía;
libertad con privilegio
es sueño de feudales,

y el orden sin justicia
clima para un mundo
en que pierden su condición todos los hombres,
—siempre repetía.

Y hay que buscar lo justo en cada pecho
y curar la herida que abre la injusticia
y enseñar a cada quien
que la gracia de Dios no es como el aire
que entrega todo su poder vivificante;
es comunión que se ha de recibir, uno por uno,
y la bondad debe cultivarla cada hombre
deseando que haga igual el semejante,
sin imponerle credo ni doctrina,
el mundo no es de grandes ni perfectos,

es de los humildes que penan y confían,
de los que cantan su dolor y se avergüenzan
del dolor de los demás,
de los que se quitan el bocado que se llevan a la boca y sacian
[hambre ajena,
y bendicen su necesidad y su pobreza.

Colás nada tenía y con nada se quedó:
palabras, palabras y palabras.

Cayó el orgulloso, el ahito de vanidad,
el pleno de poder cayó también,
y los ricos y frívolos cayeron,
y al cerrarse la tierra sobre sus tristes carnes,
el olvido sembró lirios y sauces
y fina grama que humedecen las noches y las lunas.

Pero al morir Colás su sombra no enterraron
y creció junto a los lirios y sauces la leyenda,
y libre del humano estorbo terrenal
su nombre se bendijo,
se agigantó la hazaña,
y en donde tropieza la verdad
o justicia no alcanza su sentido,
su nombre se repite,
por los siglos de los siglos.

Lloraron los simples y pequeños,
lloró la mujer sin saber por que lloraba,

y el hombre de mansa fuerza omnipotente,
sintió soledad y desamparo.

Secos los ojos, las manos temblorosas,
dijo alguien ante la pobre tierra herida:
vivió la verdad,
no los sistemas;
vivió la justicia
ignorando los programas que la matan.

INDICE

Pág.

PREAMBULO 7
En donde el autor hace muchas afirmaciones que a lo mejor no vienen a cuento y por ello se excusa. Lo tranquiliza pensar que en alguna parte tenía que hacerlas.

CAPITULO I 17
En el cual se habla del nacimiento cotidiano del hombre y se presenta a Toño Colás, espejo de detectives por vocación.

CAPITULO II 21
En el que se describe a Regoneta, la patria de Colás, y se cuenta cómo se transformó de pueblo de pastores en pueblo agricultor.

CAPITULO III 29
En que se cuenta cómo tuvo bancos el parque de Regoneta y se demuestra que las comunidades pequeñas siempre son tradicionalistas.

CAPITULO IV 35
Que ayuda a pensar que esto que se cuenta acaeció allá por el 1929 e informa acerca de la invasión de las prostitutas y los temores que engendró.

CAPITULO V 41
Aquí se presentan, cada uno por su lado, a María y al vendedor de agujas y jabones, y se habla del amor que aquélla despertó en éste.

CAPITULO VI 47
En que se habla principalmente de amor y, de nuevo, del amor del vendedor de jabones y de agujas.

CAPITULO VII 53
En que se sigue hablando del amor.

CAPITULO VIII 57
En que se habla de la muerte de una vieja y lo que dijo e hizo el Alcalde Pedáneo en esa ocasión.

CAPITULO IX 63
En que se narra cómo llegaron al pueblo Juan, su mujer, los muchachos y el Pedáneo, y cómo se enteró Colás, que decidió investigar a fondo los hechos.

Pág.

CAPITULO X..... 71
Colás desespera ante la situación de los acusados y reflexiona acerca de delincuentes y pecadores.

CAPITULO XI..... 75
Colás insiste en investigar en el escenario del crimen, y su hermana trata de disuadirlo recordándole sus obligaciones. A pesar de todo Colás emprende el viaje.

CAPITULO XII..... 81
Dedicado casi exclusivamente al tema de la muerte.

CAPITULO XIII..... 85
Con mucha hambre llega Colás a lugar donde mataron a la vieja. Lo que le ocurrió hablando con una campesina. Se inicia el regreso.

CAPITULO XIV..... 93
En el cual se cuenta lo que pensó y sintió Colás por el camino y cómo le tocó ser testigo del asesinato del vendedor de agujas y jabones.

CAPITULO XV..... 103
En el cual se describen las grandes lluvias que siguieron al crimen y lo que hizo la gente contra las prostitutas. Prisión de Colás.

CAPITULO XVI..... 109
Colás se niega a declarar. Anhela rehacer el crimen por un medio científico.

CAPITULO XVII..... 115
En el cual se dice cómo Miguel el asesino, cruzó el río crecido y se perdió para siempre.

CAPITULO XVIII..... 121
El yerno de la vieja confiesa su crimen. Colás es puesto en libertad. La situación que le favoreció.

CAPITULO XIX..... 127
Aquí se cuenta el viaje de Colás a la capital, y la horrible impresión que recibió. Colás pierde su soledad y encuentra otra soledad, no de su gusto.

CAPITULO XX..... 135
En donde se puede llegar a la conclusión de que es inútil la búsqueda de Miguel. Teoría de que el mundo, íntegro, está en uno mismo.

CAPITULO XXI..... 139
En el cual se dice cómo le tocó a Colás presenciar un robo y el temor que sufrió de ser testigo. Colás se echa una mirada por dentro.

CAPITULO XXII..... 145
Colás, avergonzado, se vacía los ojos.

CAPITULO XXIII..... 151
Con el que acaba la historia y en el cual se asegura que Colás, ciego, alcanzó fama y nombradía y que vivió largos años que acabaron cuando la muerte, apiadada, vino por él.

EL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1951 SE TERMINO LA IMPRESION DE *MUERTE EN "EL EDEN"* EN LAS PRENSAS DE LA EDITORIAL STYLO, EN LAS CALLES DE DURANGO NUM. 290, MEXICO, D. F.